Canje
"Freedon Press"
127 Ossulson.st
LONDRES

PORTE PAGO

EL OBRERO EBANISTA

Órgano del Sindicato Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

ADHERIDO A LA F. O. R. A., F. O. L. DE B. A. y F. DE T. EN M.

REDACCION: BELGRANO 2545 | 105 | BUENOS AIRES, JUNIO DE 1921 | AÑO XIII — NÚM. 105

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

PORTE PAGO

El Sindicalismo desde la Universidad

Por BARTOLOMÉ BOSIO

Un profesor universitario español, Adolfo Posada, ha hablado del Sindicalismo en la Universidad dé Ciencias Económicas de Buenos Aires, y lo ha hecho a pedido de gente que tiene por tarea enseñar desde la cátedra.

¿Qué han perseguido esos intelecuales universitarios al pedir al profesor Posada que disertara sobre Sindicalismo?

¿Conocer el Sindicalismo por intermedio de un universitario extranjero?

¿Conocer su opinión para tener "argumentos" que poder esgrimir luego en contra de los trabajadores, si esa opinión resultaba totalmente adversa al movimiento sindicalista?

Si esa gente ha querido ilustrarse por intermedio de la conferencia, hay que reconocer que es una gente muy atrasada y excesivamente ignorante. Un movimiento social, como lo es el movimiento sindicalista, no se aprende a conocer, primeramente,, al través de las conferencias y de los escritos de gente que no es el agente activo de la acción, sino por la observación y el estudio de las genuinas manifestaciones.

En este país existe un importante movimiento sindical y una literatura que, en su mayor parte, es su producto directo. Los intelectuales universitarios que han pedido al profesor Posada que disertara sobre Sindicalismo, con toda seguridad, desconocen al movimiento y literatura sindical del país.

Si han pretendido conocer una opinión "autorizada", se revelan como una muy pobre gente que hace su saber no por un esfuerzo mental propio, basado en el estudio del movimiento sindical, observando el fenómeno social, sino que lo hace por intermedio de la adquisición de "opiniones" que otros intelectuales van virtiendo.

¿Los intelectuales universitarios a que nos referimos, no saben estudiar el Sindicalismo en la realidad, en el movimiento social del proletariado de este país, primero, y de los otros, después?

¿Temen el estudio de la acción de los trabajadores organizados? ¿No saben hacer el estudio sino por intermedio de los libros y conferencias de otros intelectuales?

El profesor Posada no ha temido estudiar el Sindicalismo y hasta ha incitado a sus colegas universitarios a que fueran ecuánimes e imparciales si querían, aun bajo la faz científica, llegar a comprenderlo y valorarlo. Pero no creemos que los universitarios que enseñan, en general, puedan estar en condiciones intelectuales y morales para realizar el estudio ecuánime e imparcial del Sindicalismo, y menos para poder hacer indicaciones "justas" para la resolución del problema social, que es toda una crisis profunda y fundamental del capitalismo y del Estado.

Cabe preguntar si es, acaso, desde las universidades burguesas que viene la indicación de cómo se ha de resolver el gran conflicto histórico de las clases que forman la estructura de la actual sociedad.

La experiencia histórica—que el mismo conferenciante ha referido sagazmente, cuando ha hablado del advenimiento de la burguesía al gobierno social—es muy concluyente al respecto. La solución no es el resultado de la aplicación de una buena y genial receta doctrinaria de alguno de los universitarios, sino que reside en la madurez histórica de la nueva fuerza social que constituye el proletariado moderno, madurez que tiende a su realización mediante la lucha de clases, por la organización independiente y por la creación de nuevas instituciones sociales: los sindicatos obreros revolucionarios.

Posada, el universitario extranjero que ha desempeñado la función de profesor durante cuarenta años, recién ahora ha podido adquirir autoridad intelectual y moral, hecha, primeramente, por el estudio de los fenómenos sociales que no tienen una relación tan directa con el movimiento social, que bajo el aspecto sindicalista ataca al capitalismo y al Estado. Ahora, esa autoridad de estudioso—que le resulta después de cuarenta años de estudios abstractos y de un carácter más general—le ha permitido hablar de un asunto que no es del agrado de la clase dominante, y en un país al que no pertenece. Estamos seguros que otra vez los burgueses universitarios no han de pedirle a Posada que vuelva a hablar del Sindicalismo, teniendo en cuenta que la disertación es muy aproximado reflejo de los fundamentos del alcance del movimiento del proletariado.

De cualquier manera, la conferencia ha tenido el mérito de proclamar desde la cátedra universitaria que el capitalismo está en vías de desaparecer para dar sitio a otro sistema social mejor. Y tiene un mérito mayor si se consideran las circunstancias porque atraviesa el país.

La Liga Patriótica, la Asociación del Trabajo—institución netamente patronal—, el periodismo en general, los políticos de la clase dirigente, las instituciones estatales, especialmente la policía, la magistratura y la escuela (ésta en plenos festejos patrióticos), se esfuerzan por proclamar, con la fuerza del revólver, del garrote, de la prisión y de la charla, que el capitalismo y el Estado constituyen el mejor de los mundos, la más acabada forma de sociedad humana, y que la solución del problema social se obtiene haciendo que los obreros sigan trabajando como lo determinan los amos, para su mayor gloria y provecho...

Posada ha proclamado que el Sindicalismo es un hecho histórico, una forma—y la fundamental—de la lucha de clases, el mismo conflicto entre el capitalismo y el proletariado. Ha demostrado que el Estado—en todos los países—ha entrado en crisis y que cada día es más abandonado por los elementos útiles de la sociedad. Ha evidenciado cómo el conflicto no se soluciona por la práctica de una legislación protectora del trabajo, porque ahora, más que antes, y sobre todo después de la guerra, el proletariado considera que su actividad, su fuerza de trabajo, no es una mercancía que ha menester de protección, sino que es el fundamento de la vida social y que por lo tanto le corresponde la soberanía, el manejo de la producción y del cambio y el gobierno social.

Proclamar que el Sindicalismo es el fenómeno fundamental del presente es mucho decirle a esa gente de la universidad burguesa, gente que también actúa en la política electoral, en el periodismo y en el mecanismo económico del capitalismo. Y tampoco ha de haberles agradado que el conferenciante dijera que la "libertad de trabajo", que proclama y quiere el capitalismo, es la sumisión incondicional del trabajador al amo, sumisión que se adorna con la fórmula de la "libertad individual" y que en la práctica diaria no es más que la esclavitud del asalariado.

Ahora, por lo menos, esos universitarios saben, por boca de su invitado, que la sociedad está dividida en clases, en dos y que son las fundamentales: la burguesía y el proletariado; que todas las sociedades han estado divididas en clases; que la estructura social actual es el resultado del choque social de las clases; que el Sindicalismo es una forma fatal de la acción de la clase trabajadora; que se puede discutir y hasta condenar ciertas formas de la acción sindical—la acción directa, por ejemplo—pero que no se pueden cerrar los ojos a la evidencia; que el Estado es un órgano de clase y que ahora ha entrado en crisis por obra de ese gran conflicto histórico de las clases; que el Sindicalismo obedece a las necesidades sociales del proletariado y a la ley de la diferenciación, ley histórica que se cumple en toda sociedad dividida en clases; que la sociedad actual tiene en su seno dos fuerzas distintas que son opuestas, que chocan por sus intereses divergentes, y que fatalmente al chocar provocan el movimiento de transformación social.

El conferenciante se ha inclinado en el curso de su disertación, que dijo sería objetiva, hacia el Sindicalismo reformista, proclamando que la transformación se haría evitando las brusquedades, evolutivamente, haciendo que el Estado dejara de ser órgano de una clase para convertirse en instrumento social de los elementos útiles de la sociedad. Nada habría que decir al respecto, puesto que cada uno tiene, de acuerdo con sus intereses, educación, aspiraciones, función social, una propensión hacia una de las soluciones que lleva en tendencia el movimiento sindical. Pero es el caso que el conferenciante—¿en el afán de enaltecer al Sindicalismo reformista?—ha presentado al Sindicalismo revolucionario con una característica que no le es propia de un modo absoluto y al mismo tiempo le ha negado, o desconocido, la que le es inherente.

Ha sostenido que el Sindicalismo revolucionario es una pura violencia; que considera al Sindicato como un instrumento de esa violencia; que se preocupa solamente de destruir la sociedad actual, valiéndose del terror, de la acción material violenta; que para esto hace marchar a las masas obreras no por razonamiento, sino por instinto, por el espejismo que produce el mito de la hulga general. El conferenciante ha tratado muy superficialmente el Sindicalismo revolucionario, que es un aspecto importantísimo del movimiento sindical, y que llena la historia social de Francia en los últimos veintes años; y que es un problema muy serio en muchos otros países como movimiento social. Y es un problema importantísimo no sólo como forma de la acción de combate sino como tendencia de la práctica organizadora del proletariado para la creación de otro mundo social.

El Sindicalismo revolucionario es la creación de los productores en revuelta contra el capitalismo y el Estado. Y esa acción no se ha materializado exclusivamente en una gimnasia de violencias, de amenazas y presiones. Ha comenzado por realizar transformaciones de índole material en el taller, y psicológica entre los trabajadores, dando lugar a la creación de nuevas instituciones sociales. En el mismo país que el conferenciante ha tomado como cuna del Sindicalismo revolucionario, en Francia, existe un vasto movimiento proletario que a medida de su acción directa ha creado un organismo social nuevo, que en tendencia representa la sociedad que ha de substituir al capitalismo: la Confederación General del Trabajo.

La historia de la creación de esas nuevas instituciones obreras enseña que el Sindicalismo revolucionario no es solamente acción negativa sino que es también acción constructiva—la aparición del núcleo de la nueva sociedad de los productores libres—; y que el porvenir social está en el desarrollo autónomo de los sindicatos obreros, fuera del Estado, ajeno a los partidos políticos, absorbiendo las funciones útiles que pudiera tener el Estado. Ya Sorel, hace casi veinte años, lo ha demostrado en un interesante estudio titulado *El porvenir socialista de los sindicatos obreros.*

Para los militantes del Sindicalismo revolucionario, el Sindicato obrero no es solamente un instrumento de acción inmediata contra el capitalismo y el Estado, sino que es la nueva institución social que, cuando el proletariado haya realizado su revolución, tomará a su cargo la producción y el cambio y gobernará a la sociedad.

El Sindicalismo—como muy bien lo ha dicho Lagardelle—es el socialismo de las instituciones.

El Sindicalismo revolucionario es el creador de los órganos de lucha del proletariado y de los órganos de una nueva sociedad. Es al mismo tiempo el creador de la capacidad proletaria y que animando a los obreros con el gran ideal de "el derecho a organizar libremente el trabajo" hace que los sindicatos sean los órganos fundamentales de la emancipación proletaria y los órganos de la nueva sociedad comunista.

El Sindicalismo revolucionario, con su práctica de la acción directa, provoca una trascendental transformación de la personalidad del obrero, destruyendo en él el espíritu de sumisión, librándolo de la educación autoritaria, anulando la organización jerárquica en el seno de sus organizaciones; dando nacimiento al federalismo económico; organizando prácticamente la libertad, haciendo desaparecer a los amos en el seno del proletariado sindicalista y echando los fundamentos de la nueva moral de los productores, moral que generalizará cuando haya realizado la revolución social.

Es el inspirador de los organismos de clase. En Francia ha sido el más activo propulsor de la creación de las Bolsas de Trabajo, organismos que a medida de la acción se enriquecen con nuevas funciones sociales y que se preparan para substituir a los organismos burgueses en la dirección del gobierno social. Pouget, activo militante del Sindicalismo revolucionario, ha escrito demostrando que la acción sindicalista revolucionaria hace que los sindicatos preparen el porvenir y que el grupo productor sea la célula de la nueva sociedad; que las grandes federaciones corporativas asumirán la función de regularizar la producción y satisfacer los pedidos del consumo; y que las Bolsas de Trabajo, en cada localidad, se substituirán a los consejos municipales.

Podríamos referir no sólo las opiniones de los militantes del Sindicalismo revolucionario de los distintos países, sino hasta estudiar la acción práctica del Sindicalismo revolucionario para evidenciar cómo esa forma de acción sindical lleva en sí, y materializa, una transformación social a medida de su desenvolvimiento. No lo hacemos porque la historia del Sindicalismo revolucionario es demostrativa de por sí misma y puede consultarse en cualquier momento. La imputación de que el Sindicalismo revolucionario es solamente violencia inmediata, una pura gimnasia revolucionaria, ha sido siempre una imputación que venía de campos sospechosos de parcialidad. Era una imputación de origen burgués o hecha por los políticos socialistas, con el propósito evidente de desacreditarlo.

Esa imputación ahora la ha hecho el profesor Posada, pero estamos seguros que no habrá sido con propósitos tan mezquinos como los que hemos indicado, sino por un conocimiento deficiente de esa forma del movimiento sindical. Si Posada se hubiera detenido en el capítulo "Moral de los productores", del libro *Reflexiones sobre la violencia* de Sorel, habría comprendido cómo el Sindicalismo revolucionario es al mismo tiempo que acción anticapitalista y antiestatal, la preparación del proletariado para el gobierno social después de su revolución.

En el Departamento de Policía

Todos sabemos que la policía, en cumplimiento de órdenes dictadas por la burguesía—que lo mismo puede estar representada por un juez, que por una asociación patronal o por la Liga Patriótica—realizó una serie de allanamientos de locales obreros con el fin de aprisionar al mayor número de militantes y así dejar acéfalo el movimiento de protesta suscitado por las violencias de la Liga Patriótica y las agresiones a la clase trabajadora por parte de la burguesía en general.

Los resultados fueron "satisfactorios". La *razzia* produjo un millar de detenciones, todas ellas recaídas en trabajadores que desarrollan actividades en la organización sindical.

Por estar comprendidos en la categoría de los activos, también a nosotros nos tocó la "suerte" de trepar a un camión policial que nos condujo el Departamento con más rapidez que la usada después de nueve días para ponernos en libertad.

Ya a merced de la policía, supimos que se nos procesaba por una terrible infracción a la delicada ley de *defensa social.*

Nos hemos resignado, pero sin renunciar a la obligación de disponer el material necesario para que EL OBRERO EBANISTA apareciese con su acostumbrada regularidad.

Hemos de confesar que antes de emprender la tarea de escribir nos pusimos a meditar se-

riamente sobre los posibles inconvenientes de tomar la pluma en circunstancias en que una ley tan susceptible como la *social* era manejada, con el propósito de reventarnos, por un juez que sin que lo conociéramos, se nos antojaba hosco y avinagrado.

Nuestros temores eran bien justificados. Si por hacer el papel de papanatas, presenciando una asamblea de delegados en el local de la F. O. R. A., habíamos infringido una ley, hecha exprofeso para asustar a los más impávidos, bien pudiera suceder que al tomar la pluma incurriésemos en uno de esos graves delitos que ni con la pena de muerte se pagan.

Afortunadamente, la oportuna sonrisa que nos dispensó el afabilísimo comisario señor Laguarda, nos devolvió la confianza que tanto necesitábamos. Si Laguarda nos sonreía prueba de que no delinquíamos. De la sonrisa de cualquier otro funcionario policial—dicho sea sin ofensa para nadie— desconfiábamos; pero de la del señor Laguarda no era posible desconfiar. Algunos antecedentes que de él teníamos lo salvaban de cualquier sospecha. Fué él quien con la sonrisa en la faz invadió primero el local de la F. O. R. A. Fué él quien con una deferencia encantadora nos daba la orden de arresto. Fué él quien con una cortesía admirable nos indicaba la conveniencia de que nos despojáramos de nuestros revólveres. Y con unas leves arrugas en las comisuras de los labios que no se cansaban de sonreir, nos empujaba cariñosamente hacia el camión donde unos sujetos mal encarados nos esperaban fusil en mano. Con la misma tranquilidad de protector nos entregó al juez; y cuando éste ordenó nuestra libertad, nos pareció sorprender en el señor Laguarda el casi incontenible deseo de abrazarnos.

Fué bajo esa incansable sonrisa protectora que nos dispusimos a trabajar para EL OBRERO EBANISTA. De otro modo no habría caso, máxime cuando desde la puerta de la estancia en que estábamos, nos seguía la mirada poco tranquilizadora de uno de los sujetos que escoltaran el camión desde la F. O. R. A. al Departamento, fusil en mano.

Es en mérito a esas circunstancias graves que pedimos disculpa a nuestros lectores por lo que pudieran sorprender en nuestros escritos denotando miedo.

Cuando las espaldas corren peligro es de prudentes el evitar bravatas. En este caso estábamos nosotros al escribir muchos de los artículos de esta edición. Pero hemos de resarcirnos, en ediciones próximas si es que no hay amenazas de que ellas han de prepararse en el mismo local y rodeados de las mismas circunstancias.

¡Ya nos llegará la oportunidad de sentar fama de guapos!

El primer paso ha sido dado

Más que por una huelga general, más que por un serio movimiento de protesta contra la burguesía que desconoce el derecho de reunión, que clausura locales obreros, que encarcela a los militantes más destacados, el pasado movimiento general se caracterizó por un generoso esfuerzo de los trabajadores del país hacia la unidad de sus fuerzas.

Fué la primera vez que el proletariado de la región intentó un movimiento de conjunto. Hasta entonces la profunda división había alejado toda posibilidad de entendimiento. Las distintas fracciones se desarrollaban aisladamente, hostilizándose unas a otras y viviendo en completo olvido entre sí, a los fines de unión como si en verdad se tratase de corporaciones con intereses opuestos o de habitantes de distintas latitudes.

La división había motivado el mutuo desconocimiento. Lo común era que una fracción desconociese a la otra; y era de ver cómo el sector A conocía en todos los detalles la vida y movimientos de su similar europeo, en tanto que ignoraba en absoluto los pormenores de de la existencia de su similar nacional. A su vez el sector B casi desconocía la existencia del "rival"; pero sabía dar detalles de la historia y hasta de los hombres que actuaban en la organización que allá en Europa se había granjeado sus simpatías.

Acontecimientos que a todos afectaban por igual, obraron de manera que esas organizaciones acabaron por comprenderse. Se conocieron. Notaron que eran fuertes y que lo serían mucho más si se unían en un solo frente.

Dos congresos regionales, cada cual de un sector distinto, oficializaron la aproximación, que se intentó fuese prácticamente real en el acontecimiento que es del dominio de todos. Pero por ser, quizá, la primera vez que las dos centrales se aproximaban, los resultados de ese hecho no fueron los deseados. La ruptura sobrevino apenas se había establecido el contacto, y con ella se esfumaron las esperanzas de los que en esa unión veían las definitivas bases de la próxima unificación; y una ola de pesimismo invadió no pocos espíritus.

La disolución del Comité Mixto, creado a los fines de dar una dirección única a la huelga general, ¿supone de hecho la ruptura de la entente votada por los dos congresos de las respectivas organizaciones regionales?

Nunca como en esta circunstancia hubo necesidad de determinar la función del Comité y la de la organización obrera en general, haciendo que ambas cosas no se confundan.

Hubo disolución de Comité, pero no hubo una ruptura de la entente por parte de los organismos obreros que la votaron. Dentro de su escasa capacidad orgánica, el proletariado hizo práctica la entente. Ha ido a la huelga, más que por órdenes expresas, por la intuición de que la asamblea mixta de delegados, disuelta por la invasión de la policía, así lo iba a disponer. Ya en la huelga, siguió practicando la entente con arreglo a sus propias fuerzas, preocupándose poco o nada de los comunicados oficiales que ordenaban una determinada conducta. Cuando las fuerzas eran pocas y la disolución las amenazaba, los sindicatos de por sí ordenaban la vuelta al trabajo, chocando a veces esa actitud con el espíritu del órgano federal que incitaba a continuar en la lucha.

La ruptura se operó arriba, pero no abajo, que sería lo importante y lo peligroso para la unificación. Se disolvió el Comité, que no era, bajo ningún aspecto, una verdadera representación del proletariado. A excepción de los representantes de la F. O. R. A., genuinos, en su índole de miembros del Consejo Federal, la F. O. R. A. Comunista no tenía una verdadera representación en ese Comité. Y fué precisamente de esa anomalía que surgió la ruptura.

Delegados que en realidad sintiesen la responsabilidad del momento, no darían lugar a lo ocurrido. Los "representantes" de la Federación Obrera Regional Argentina Comunista no reunían esas condiciones indispensables. En primer término no eran federados, no pertenecían a ninguno de los sindicatos que componen la Federación que decían representar, y por tanto, personalmente no perdían ni ganaban con las pérdidas o ganancias que su actuación ocasionase al organismo cuya representación invocaban.

Esa misma condición de no federados, los libraba de todo contralor. ¿Cuál el sindicato federado que les exigiese cuentas de su mala conducta ante el Comité Mixto? Ninguno, porque a ninguno de ellos pertenecen. Esa falta de responsabilidad, determinada por la carencia de un severo contralor, permitió a esas gentes hacer lo que les vino en gana con el fin de dar la impresión de que la unidad del proletariado es imposible. La indebida intromisión de esa gente en el Comité respondía a ese propósito, pues quienes de cerca los conocen no ignoran que se trata de sujetos vinculados a la campaña divisionista que se efectúa—y sin duda se costea también—al margen de la organización obrera y por elementos que con ella nada tienen de común.

Los trabajadores de la F. O. R. A. Comunista no son los responsables de esa fea nota de división dada por sus "representantes" en el Comité Los dos o tres delegados, realmente obreros y federados que al principio representaron esa organización, no han provocado ninguna ruptura, por lo contrario, han hecho lo posible para que la unión se efectuase y a ese fin allanaron cuanto obstáculo se oponía a la constitución del Comité que debía materializarla. Pero estos delegados eran federados, eran trabajadores interesados como todos los demás en poner fin a un estado de cosas que tantas derrotas y desengaños nos han proporcionado a todos. Maniobras posteriores, de mala ley, alejaron esa representación genuina que luego ha venido a recaer en unos cuantos sujetos no federados, entre los que figuraban algunos expulsados de los sindicatos a que habían pertenecido, por razones de moralidad sindical.

Los sindicatos de la Federación comunista, estaban de hecho divorciados de su mala representación en el Comité; lo que es muy natural, pues siendo ellos unionistas, y habiendo votado en tal sentido en ocasión de un referéndum que recababa la opinión de los federados sobre la unificación, los "delegados" en cuestión eran antiunionistas y obraban en oposición a los deseos de sus "representados". Consiguieron disolver el Comité, contra la voluntad sin duda de la organización comunista, y ya libres de él se dieron por su cuenta a la tarea sospechosa de prolongar un movimiento que sus "representados" daban por terminado en todo el país.

El divorcio entre dirigentes y dirigidos fué evidentísimo. Es importante hacer notar este hecho, pues él prueba que la ruptura es un hecho artificial, debido a los manejos de unos cuantos individuos cuyos intereses son distintos a los de los trabajadores usurpados en su representación. El proletariado de la Federación comunista no concurrió con su voluntad a la ejecución de ese hecho. De poder intervenir, estamos seguros de que no se produciría.

De cualquier manera, el primer acercameinto se ha producido. A pesar de las operaciones de los traidores, el proletariado se ha entendido y no está lejano el día en que ha de confundirse en un solo organismo regional donde no serán posibles esas maniobras de comité.

Esa circunstancia es la que da valor al pasado movimiento general; y es en tal sentido que lo estimamos mucho más que cualquier otro que pudiera significarse por un mayor desplazamiento de fuerza y más cohesión.

Que los comités se disuelvan por obra de los divisionistas, no importa. Ya surgirán a su debido tiempo los comités que resistan esos corrosivos. Lo importante es que los divisionistas no lograrán disolver los sindicatos, y éstos son los que representan las indestructibles células de la próxima unificación.

La elocuencia de los hechos

La ofensiva que el capitalismo acaba de realizar contra la clase trabajadora, ha determinado en algunos sindicatos la pérdida de ciertas mejoras que en luchas pasadas habían conquistado.

Es de advertir que los sindicatos que más han sufrido en la prueba son aquellos que se singularizan por su estado de eterna *reorganización;* es decir: por su organización incipiente, por la falta de cohesión y porque en sí apenas si reunen a una pequeña parte de los trabajadores de la misma industria u oficio.

Los sindicatos de *hecho,* los gremios realmente organizados, no sólo han resistido la ofensiva, sino que le han hecho frente avocándose a la huelga general, la que supieron efectuar con la intensidad que emana de toda organización disciplinada.

Al reanudar el trabajo no tropezaron con la agresión patronal ni con ninguna de esas intentonas que la burguesía realiza con los trabajadores que no cuentan con la fuerza que les da la unión. Siguen disfrutando de las condiciones de trabajo que poseían con anterioridad a la huelga, y han ganado en respeto lo que en el mismo sentido han perdido aquellos que, por deficiencias de la organización, son débiles frente al capitalismo.

Que lo ocurrido sirva de lección a todos los trabajadores para que en lo sucesivo subordinen todas sus actividades a la preocupación de organizarse, disciplinar la organización y hacerla fuerte.

Sólo así estarán en condiciones de hacer frente a los ataques de la burguesía y de evitar las derrotas que hoy embargan de pesadumbre a muchos espíritus.

Insidias de politicantes

Con motivo de la reciente declaración de huelga general hemos leído en el diario *La Vanguardia* algunos juicios relacionados con aquel acto de la organización obrera del país. En artículos editoriales, colaboraciones de sus afiliados, y hasta en crónicas de discursos pronunciados por oradores que forman la *troupe* de los parlanchines del partido político que la aludida publicación representa, se hacen, más o menos, las mismas "observaciones". Estas son, por otra parte, una reedición del disco que vienen tocando desde hace varios años. Nada ha vadiado, ni el contenido ni el método de su propaganda. Resulta así tan monótono, que casi valdría la pena no ocuparnos de ello. Si lo hacemos—contrariando así nuestro propio deseo—es al solo objeto de no dejar pasar desapercibidas ciertas mistificaciones a que recurren estos sacamuelas al pretender explicar al público las bondades del específico que propagan.

Como buenos charlatanes estos señores ocultan el fondo de negocio que persiguen con sus específicos. El charlatán sacamuelas que vende un específico con el cual pretende curar de raíz los callos, o una loción que dice destruir de cuajo la molesta caspa, o evita la caída del cabello lo hace siempre según él, para llevar la felicidad a quienes son víctimas de aquellas calamidades. ¡El charlatán es tan generoso que no tiene a menos de gastar su laringe pregonando a gritos pelados en las calles las virtudes del sánalotodo de su producto.

La Vanguardia es el prototipo del charlatán de este género. Como aquél estima a su público ingenuo, ésta estima "demasiado a los trabajadores"—entre los cuales busca su clientela—y es "demasiado amiga de la verdad", por cuya razón se ve obligada a imitarlo.

Para nosotros, trabajadores, es una gran felicidad contar con estos curanderos que se preocupan de nuestros males sociales. ¿Qué sería de nuestra suerte perra si no existieran tantos médicos, abogados, periodistas, farmacéuticos, periodistas, literatos, poetas, almaceneros, tenderos, industriales, empleados públicos, concejales, diputados, senadores, intendentes, etc., etc., que desde el partido socialista se desvelan por nuestra dolorosa existencia? Hay que convenir que ésta sería más que un calvario...

Afortunadamente ellos piensan por nosotros. Los trabajadores no tenemos por qué afligirnos.

La reciente declaración de huelga general—cuyo estallido venían preparando desde hace rato aun cuando fuera para determinar la apertura de la Caja de Conversión—ha sido una excelente oportunidad para que estos señores demostraran toda la simpatía que les inspira nuestra clase. En base de ésta, esos hombres generosos y altruístas no duermen ni a sol ni a sombra despreocupándose de que queman sus cejas sobre el papel y exponen sus gargantas en estas noches crueles de invierno desde una tribuna callejera para demostrarnos los "errores" que han determinado la reciente "derrota".

Personas sabias, además de altruístas y generosas, indican "los defectos de organización que ha revelado el reciente conflicto", los "errores de táctica" seguidos antes de que éste fuera planteado y los "males" internos que aquejan a nuestro movimiento. Entre éstos citan la actitud "temeraria" e "imprudente" de "algunos liders obreros", que necesitando de un abogado para interponer una reclamación ante juez demandando la reapertura de un local clausurado tuvieron la desfachatez de dirigirse a otro abogado y no a los jurisconsultos de su partido, que estaban dispuestos a servirlos esta vez gratuitamente. En realidad los obreros son unos desagradecidos. ¡Mire que dudar de los buenos oficios de los abogados del partido socialista!... ¡Es inconcebible que esos "temerarios" e "imprudentes" liders obreros no hayan tenido en cuenta la generosa y altruísta oferta del partido socialista! ¡Verdaderamente, son dignos de ir a la horca! Nadie podía haber pensado que en esta ocasión al menos, para librar un oficio, un abogado socialista persiguiera además del éxito político un beneficio profesional, sino inmediato, ulterior...

Y no es ésta solamente la felonía cometida por los obreros. Los que de éstos estaban presos, olvidaron, por ejemplo, que en el partido socialista existen también muchos médicos, que si bien es cierto en alguna ocasión reclamaron el pago de una visita porque alguien le hiciera una consulta en plena calle, o renunciaron de una sociedad obrera de socorros mutuos porque ésta no podía pagarles más de lo común sus visitas a los enfermos, esta vez estaban dispuestos a hacerlo honorariamente. Los obreros, siempre desagradecidos y sin educación, necesitando el concurso de médicos en su prisión, tuvieron la osadía de olvidar los médicos del partido socialista y reclamaron nada menos—¡asómbrese el lector—el concurso de dos médicos que no tienen ninguna figuración descollante en el escenario político. Estos doctores eran nuestros amigos y camaradas Troise y Lóizaga. Naturalmente los terapéuticos del partido se vieron en la obligación de revelar "hasta qué punto se halla corrompida la dirección de ciertas entidades obreras."

Para felicidad de nosotros y del género humano estas desatenciones de los "liders obreros"—que son como para cansar al mismo Job en persona—no desesperan a los doctores del partido. ¡Son unas almas tan caritativas! Pues están convencidos de "la capacidad de la clase obrera" y debido a ello es que están "entregados a la tarea de desarrollar en ella nuevas aptitudes y nuevos conocimientos". Naturalmente que si se hallan dedicados a esta tarea es

Conferencia de un fósil que hace de catedrático

Por OSCAR PETRARCA

Un universitario extranjero, Adolfo Posada, ha disertado demostrando que la llamada cuestión social no es un incidente vulgar y sin importancia en la vida moderna, sino que es algo muy serio y muy fundamental, y, además, ha demostrado que el Estado es una institución social que ha entrado en crisis en todos los países.

Otro universitario, el doctor E. Zeballos, reconocido fósil de la cátedra, sin manifestarlo de un modo honesto, ha aprovechado en el Instituto Popular de Conferencias para rebatir esa demostración tan sólida y documentada de Posada.

Zeballos, como una gran cantidad de catedráticos burgueses—y estaríamos por decir, la totalidad—viven fosilizados, no han sido sacudidos por la fuerza de los acontecimientos, porque viven encerrados de un modo casi absoluto en sus medios universitarios, ajenos a la vida real, rumiando viejas fórmulas, ponderando con su anticuada mentalidad los ecos de las luchas que se desenvuelven fuera de las paredes de esas viejas casas donde se enseña el derecho burgués.

El derecho jurídico de los fósiles a lo Zeballos es hijo de la necedad de esa gente y constituye su único bien y todo su bagaje intelectual, que no es ya susceptible de modificarse, y que les sirve ahora como les ha servido siempre, para interpretar los hechos y para defender la obra de explotación social de su amo: la clase dirigente.

El prototipo de esos fósiles es Zeballos. Tiene su cerebro anquilosado, herméticamente cerrado. No recibe las impresiones del medio social en que vive. Los acontecimientos parecen que para él son una continua y exacta repetición; que se suceden hoy con el mismo ritmo y características que hace cien años. Y ha de ser así para su mentalidad porque nada de lo que sucede logra modificar sus ideas, sus conceptos, ni su sentimentalidad. Ni siquiera le han hecho despertar un poco de curiosidad inteligente. Y cuando se pretende medir los acontecimientos con un criterio que es el que se utilizaba hace más de medio siglo es indudable que, aun cuando se sea un catedrático, se es un pobre hombre, un gran ignorante o un "vivo".

Un fósil metido a catedrático no se le puede tomar en serio sus elucubraciones, ni se le discute, sino que se le analiza burlonamente su estupendo trabajo. Y se le tiene un poco de lástima porque al fin y al cabo son pobres mortales de carne y huesos que encuentran satisfacción pavoneándose por los escenarios sociológicos elevados, y porque toda su charla sonora hoy no es más que el reflejo del miedo que tiene la clase dirigente ante el movimiento del proletariado.

Hace bien el fósil catedrático Zeballos en aturdir e ilusionar a quienes van a beber en la fuente que les brinda su charla de pretendida ciencia sociológica. El mismo, tal vez, haya entrevisto el porvenir y, espantado por su vida inútil presente y por su incapacidad para el futuro, quiera aturdirse a sí mismo con su retórica hueca y palabrera.

Ese fósil pretende ilustrar a las masas anunciando que "el Estado tiene su razón de ser" y que por lo tanto, aun cuando haya sido sometido a innumerabels discusiones metafísicas, ¡es eterno como la vida misma! El Estado es otro Dios, que en vez de estar en el cielo está en la tierra, en la sociedad. Es el creador, que no puede ser discutido, ni tocado por los míseros mortales que revientan en la labor diaria, acumulando riquezas y brindando comodidades a los amos económicos y a los fósiles y demás improductivos que desde la cátedra se afanan por enseñar a las masas trabajadoras que el mundo social está bien organizado, y de que el Estado es su más sublime expresión...

Y sin embargo, en otro sitio que no sea la cátedra, en la prosaica vida donde se trabaja y se gana duramente el pan, donde se realiza una función útil el Estado es discutido, es analizado, es combatido, se lucha por su eliminación porque es el poder político, la máquina coercitiva por excelencia, de los amos y el paraíso de la servidumbre intelectual de los que explotan. Allí no se hace metafísica porque se ha aprendido a mirar de frente a la vida. El catedrático fosilizado, que es uno de la servidumbre de la burguesía, no puede—por el respeto que se debe a sí mismo—descender a sondear el alma de las masas obreras, porque está en las alturas, y desde las alturas los incidentes de la vida diaria—incidentes que ya llenan toda la vida—de los que trabajan asalariadamente, son vistos tan pequeños que se tiene el desparpajo hasta de negar su existencia. ¡Tan poca cosa representan para los que viven bien y tienen por misión la defensa del orden social que ha establecido el capitalismo!

A lo sumo puede hacerse un poco de discusión metafísica sobre la razón de ser del Estado, entre los que enseñan desde las cátedras de los distintos institutos y diferentes países. Es hasta un poco saludable para su propia inteligencia, conveniente para deslumbrar a los bobos de la boca abierta, y es necesario para demostrar a los amos que no ganan el sueldo y demás prebendas estando en una más o menos ociosidad. Y cuando los amos son sacudidos por la acción del proletariado que se rebela, el Estado pone en juego sus resortes, hace coerción, encarcela, procesa, y desencadena la violencia armada. Entonces, los charlatanes de la cátedra gritan, gesticulan y hacen creer que el Estado tiene su razón de ser y que también es eterno como la vida misma.

¿Y qué hacen esos catedráticos—sirvientes de los amos económicos—cuando discuten metafísicamente sobre la razón de ser del Estado? Hacen como los perros guardianes atados a cadena, que cuando están de mal humor, o cuando alguien se acerca a la puerta de la casa, llaman la atención del amo, ladrando, y así se ganan elogios de los amos que, agradecidos por las advertencias y por la defensa les dan un poco de los restos de sus ricas mesas.

Lo interesante es cuando todos esos servidores de las clases dirigentes se aporrean entre ellos mismos tirándose a la cabeza con libros y conferencias, llenándose de improperios "científicos". Entonces se presencia una perfecta comedia. Se muestran graves, impresionantes, serios y meditativos, con una compostura tal que el público ingenuo cree que en realidad se trata de una controversia científica, sincera; que van en pos de la verdad. Aparece el rebelde, el asalariado que se subleva contra las condiciones de vida y de trabajo a que lo somete la explotación del capitalismo y como por encanto se termina la diversión que realizan los comediantes con apariencias de controversia, y todos se ponen afanosamente al servicio de la causa que sostiene que el Estado tiene su razón de ser y que es eterno como la vida misma...

¡Cuánta falta hace una buena escoba para que esos bichos vayan de una buena vez a parar al canasto de las cosas inservibles!

El catedrático Zeballos ante el movimiento proletario de este país, movimiento que cada vez es más orgánico, ha sacado en esta ocasión a relucir su vieja y fósil concepción jurídica, a repartir manotones de charla en defensa del Estado, de su eterna existencia y de su gallarda juventud, siempre fresca y renovada... Ha presentado al Estado como él acostumbra a presentar su propia y vieja figura, remozado, fresco, eterno y lleno de vida. Hace como con su persona que habiendo perdido hace buen rato la juventud pretende dar la impresión de frescura, arrogancia, energía y buen aspecto, porque se afeita y se somete a los manipuleos del masagista, todos los días; porque estudia antes de salir de su casa posiciones y posturas, y marcha tieso, haciendo un extraordinario y continuado esfuerzo por conservar la línea; porque toma aperitivos y estimulantes que le infundan bríos en la mirada y le renueven todos sus impulsos, sobre todo los del sexo; y porque se viste bien, con calculada elegancia, a la última moda, cuidando hasta los menores detalles dandísticos y hasta se adorna con conocida y consabida flor de orquídea en el ojal.

Y en su peroración por presentar al Estado a su imagen—haciendo el ridículo esfuerzo de dar la impresión de juventud a un viejo—vió volar, por su imaginación, el recuerdo de la charla de otro comediante metido a catedrático, y lanzó a su auditorio, como supremo argumento, un chiste del político italiano Orlando; y creyó que lanzaba contra los herejes una colosal y aplastante maza que hundía para siempre a los atrevidos: ¡el Estado existe, el Estado está en eterna discusión metafísica, pero el Estado tiene su razón de ser y existirá eternamente!

Como única concesión el catedrático llega a decir que el Estado del viejo mundo podrá adolecer de deficiencias, pero el Estado de este país no tiene ninguna, de ningún género, porque es la obra más acabada que pudo idearse y hacerse: ¿El origen del hombre no fué en el Río de la Plata, según el sabio Ameghino? Y entonces, el origen del Estado perfecto y eterno no está también en el Río de la Plata? Otro "sabio" lo dice porque lo ha descubierto...

El argumento es de gran fuerza patriotera. Los aldeanos argentinos del año 1853, concibieron el Estado argentino, el Estado que había de ser la obra acabada y completa, el órgano que había de consagrar y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo... El charlatán de la cátedra aturde con sus chillidos patrioteros...

Los modestos aldeanos del año 53 no hicieron más que interpretar con aproximada exactitud, el momento y se dieron una forma de Estado y una Constitución correspondiente a las necesidades de la nueva burguesía en vías de desarrollo, sin por esto dejar de mirar hacia la vieja Europa para pedirle ciencia, capital y trabajadores.

Alberdi—que era un burgués genial—al comentar la Constitución que había de darse el país, decía que "el fin de las constituciones debía propender a organizar y constituir los grandes medios prácticos para sacar a la América emancipada del estado obscuro y subalterno en que se encuentra" y que en lugar de los "principios" debía de estimularse la inmigración libre, la libertad de comercio, los caminos de hierro, las industrias sin trabas, la navegación de los ríos, todo lo cual constituían las necesidades de ese entonces; "porque la constitución no debía expresar las necesidades del ayer, ni las del mañana, sino las del día presente."

La historia suele tener sorpresas para los catedráticos como el que nos ocupa y esta vez la misma historia del país, y que tanto invoca, le presenta a un burgués genial, a J. B. Alberdi, que, con una claridad y sinceridad admirables, revela el origen tan prosaico del Estado argentino y de su Constitución Los aldeanos del año 53 fueron más inteligentes que el catedrático charlatán, porque hicieron una Constitución para las necesidades de su época. Ahora el fósil que hace de catedrático nos presenta al Estado y a la Constitución de los aldeanos del año 53 como una maravilla social, como un dios con más sabiduría y mayor alcance para el presente y para el futuro que el mismo Padre eterno de la biblia.

Y al través de su sonora verborragia ha repetido el pobrísimo concepto de que la cuestión social no tiene razón de ser aquí, en este país libre, grande y rico; y que aquí sólo hay una cuestión artificialmente creada por unos cuantos "agitadores" extranjeros.

Algunos seguirán creyendo que los hechos tienen la virtud de modificar los conceptos. En el caso que nos ocupa está demostrado que no es una realidad. Hay gente que está revestida de una durísima coraza que los defiende perfectamente de la acción revolucionaria de los acontecimientos. El catedrático Zeballos está perdido irremediablemente. Los hombres que pasan de una cierta edad ya no se transforman y menos aún cuando son ignorantes y verbalistas de nacimiento o por conveniencias.

Un vigilante de cualquiera de los barrios obreros de la Capital Federal sabe ya mucho más sociología práctica que el catedrático Zeballos. Ha aprendido—porque vive en contacto con los que trabajan y luchan y que él castiga por orden de otros—que la cuestión social es una realidad que la provoca el capitalismo; y que los agitadores no son unos cuantos gringos pícaros, sino que los agitadores son los conventillos, el encarecimiento de las cosas más necesarias para la vida, las jornadas de trabajo, largas y extenuadoras, los salarios bajos, y toda esa vida de miseria y de esclavitud de los que trabajan bajo el sistema del salario; sabe que todo eso hace rebelar a los trabajadores, que ya sacuden su servilismo, y que esos trabajadores que se organizan y luchan, que quieren la libertad y bienestar, ya no son unos cuantos gringos "desagradecidos" sino que son una legión de unos cuantos cientos de miles, inteligente y audaz, porque han descubierto que detrás de la bandera del sol de Mayo se oculta no sólo el capitalista extranjero que lo explota, sino también el capitalista criollo que tiene uñas no menos largas...

¡Eso lo saben ya hasta los vigilantes! Pero, como Zeballos vive muy arriba, es indudable que no vea ni sienta nada; y lo que pueda ver y sentir ha de ser muy empequeñecido por la distancia a que se encuentra. Está lejos de las pequeñeces de la vida y sólo se preocupa de las cosas elevadas, y sólo sabe que el Estado argentino es la creación definitiva y acabada del genio nacional; y lo único que lamenta es el no haber sido el inspirador de los aldeanos del año 53, o uno de ellos, conformándose ahora con ser su más exaltado panegirista. Esta obra la patria—la caja fuerte de los capitalistas nacionales y extranjeros—se lo agradece y premia, permitiéndole vivir bien, agasajado, cargado de honores y de puestos lucrativos, llevando una existencia parasitaria y charlando sonora y huecamente desde lo alto de una cátedra.

"En verdad os digo que no hay como ser asno para tener suerte"...

---

porque creen también "en el perfeccionamiento creciente" de esa capacidad.

Gracias a la acción de hombres "serios". "conscientes" y "enérgicos", estos buenos señores esperan, con toda justicia, "depurar a los gremios de los charlatanes, despechados, espías y traidores de que los ha infectado el presidente Irigoyen".

Lo único que no dicen—y esto es doblemente lamentable—quiénes serán esos hombres serios, conscientes y enérgicos y quiénes son los charlatanes, despechados, espías y traidores.

Ya en otra ocasión el diario que motiva estas consideraciones dijo más o menos las mismas cosas. El órgano oficial de la F. O. R. A. —*La Organización Obrera*—reclamó por medio de reiteradas publicaciones que se sirviera dar los nombres y citar los casos concretos que seguramente tendría el órgano del partido socialista ya que insistía en el asunto con tanta pertinacia. El diario de dicho partido dió la callada por respuesta. Ahora repite más o menos las mismas cosas pero no cita un solo caso. Convendría, en salvaguardia del buen nombre de la mercancía que ofrece al público, que *La Vanguardia* tratara de garantizarla. Porque de lo contrario, eso de lanzar la insinuación así porque sí, huele más bien a perfidia, malevolencia o a pillería. Queremos creer que estas indignidades no constituyen una cualidad de los que escriben el órgano del partido y hablan en su nombre. Si bien pensamos que en un profesional de la política hay una segunda naturaleza y que ésta es la del pillastre, farsante, mala lengua, intrigante, caradura, sin vergüenza, etc., etc.,—todo lo cual le hizo decir en cierta ocasión a alguien que el político representa a una nueva especie zoológica—queremos creer que en este caso no es así.

Tampoco podemos pensar que *La Vanguardia* proceda con el criterio de un bolichero, que con el fin de lograr clientela para su mercadería desacredita los productos del establecimiento de enfrente. Porque si así fuera, debería de comenzar a depurar la propia casa.

¡Cuántos charlatanes, despechados, espías y traidores tenemos por esos campos de la politiquería! ¡Cuántos de éstos, que pululan por los cercados del partido, colaboran con el presidente Irigoyen en las funciones administrativas y de gobierno, a pesar de que el diario oficial protesta por "los contactos y toqueteos frecuentes a que los incita el gobierno"! ¡Cuántos líders de ciertos gremios—que son afiliados al mismo partido—desoyen las invocaciones de su diario y no saben poner ninguna "dignidad en el desempeño de sus funciones"!

Tenemos a nuestra vista periódicos donde constan declaraciones hechas por éstos en presencia de personas de gobierno que son una verdadera traición a los intereses obreros. *La Vanguardia* no hace nombres, por lo cual creemos que se ha de referir a ellos, y nosotros, que no hemos hecho la acusación nos abstendremos de mencionarlos. Pero consideramos que para evitar malentendidos sería prudente que el diario del partido socialista concretase las acusaciones, haciendo los nombres y citando de los casos, pues si no procede así, concluirá por perder el poco crédito de... porquería que le está quedando.

D. GALLARDO.

Censuras injustificadas

Dos hombres que durante la pasada huelga general se han puesto al servicio de los trabajadores, han merecido las acres censuras del órgano del partido socialista *La Vanguardia*.

Haremos notar la profunda disparidad de sentimientos que median entre ese hecho y el de agradecimiento que todos los trabajadores experimentamos por el mismo motivo que dió origen a las censuras de *La Vanguardia*.

Esa disparidad está justificada por el antagonismo de los intereses en juego. Las censuras de *La Vanguardia* se inspiran en los intereses políticos de su partido, y nuestro agradecimiento por la actuación de los hombres censurados, está inspirada en los intereses de la organización obrera.

La actuación de los doctores Troise y Arraga durante la huelga—pues es a ellos a quienes nos referimos—tuvo el desinterés propio de aquellas acciones cuyos ejecutores se mueven a impulsos más elevados que los de la política. No vinieron a nuestro lado por un afán de "farolería" que conquista votos y promete situaciones privilegiadas. Vinieron como amigos a ofrecer sus servicios para actuaciones

en las que los diputados socialistas serían incapaces. No ofrecieron defensas legales, esas defensas gratuitas que ofrecieron los socialistas porque dan nombre y obligan a una determinada retribución: ofrecieron simplemente su concurso personal para todo aquello que los trabajadores, por estar presos o perseguidos, no podían realizar. Y ese concurso, por ser de desinteresados amigos, y no el de interesados políticos, fué aceptado y apreciado en todo su valor. Gracias a él hemos tenido, donde fué necesario, una actividad permanente; ya de día, ya de noche, y cuando quizá los diputados rumiaban sus discursos parlamentarios, acariciando tal vez el ruidoso éxito que promete una situación espectante como final de una carrera política, nuestros amigos Arraga y Troise, que no son diputados ni políticos, concurrían a donde se les llamaba, se constituían en depositarios de un determinado criterio o iniciativa que luego llevaban a donde y a quienes se les indicara.

Así obraron estos dos hombres día y noche, sin más interés que el de ser útiles anónimamente a una causa que consiste en amar y servir a las organizaciones obreras que por su propia cuenta y acción se van emancipando del dominio capitalista.

Hubiéramos utilizado los favores del socialismo si él no fuese un partido político con intereses opuestos a los de la clase trabajadora. Pero sus hombres no saben moverse sino a impulsos del interés partidario, y ésa fué la causa de que no los hayamos utilizado para actividades cuyo buen cumplimiento exigen el mantenimiento y predominio del interés del proletariado sobre cualquier otro. Y nadie mejor que los amigos Troise y Arraga llenaban estas condiciones; y de ahí sus buenos servicios que de veras agradecemos.

Dejen de ser políticos los que censuran; pónganse a tono con los trabajadores y no tendrán necesidad de avinagrarse porque para todos ellos habrá cabida en las nobles tareas de servir al proletariado organizado.

La unidad se ha hecho

¡Albricias! La unidad se realizó. Habíamos pensado que los días de polémicas estúpidas y agresivas; que los ataques feroces a la unidad obrera y a sus más fervientes apóstoles; que al izarse la bandera mil veces traidora del divisionismo fuera imposible, en horas emergentes y peligrosas, realizar la unidad de las tres fracciones sindicales para combatir al capitalismo que militarmente organizado y presidido por una institución de crimen y salvajismo, se dispone a destrozar a los sindicatos obreros, órganos legítimos e históricos del proletariado organizado. Así lo hacía prever una cantidad enorme de factores inherentes a los organismos sindicales—aunque nacidos por intereses ajenos—ya que dimanaban de personas que por derecho, o únicamente de hecho, militan en las instituciones del proletariado.

Pero la corriente impetuosa e irresistible de la unidad arrolló entre cantos de rojos cisnes a todos aquellos que querían quemar mirra en el altar del dios Caín.

La voz de lucha de los dos organismos regionales, robustecida por la de las instituciones autónomas, se ha hecho oir malgrado los intrigantes y obstrucionistas. Y de las fábricas y de los talleres y de todas partes donde el trabajo se manifiesta, partieron columnas de proletarios que cual aguerridos y bien atentos soldados respondían alborozados a los llamados de unión y lucha que los cuerpos representativos del proletariado hacían. Si en los rodados no se ha visto una paralización total no es síntoma de división sino de poca organización en esos gremios. El proletariado de las provincias respondió alegre y satisfecho al llamado de las dos *Foras* ya que es en el campo donde la unidad tiene manifestaciones más agudas e imperativas.

Todo el mundo canta hosanna ante tan magnífica como maravillosa realización. No obstante, si nuestra mirada es aguda, escrutadora, penetrante, descubrirá en un rincón del escenario donde se desarrollan estos acontecimientos, a los heraldos de Caín, que avergonzados, impotentes e idiotizados por una ira bajuna no se atreven a utilizar más su garganta para graznidos gansecos, ni sus labios pronunciarán más arengas de guerra fratricida, ni sus manos diseñarán más en el aire parábolas judáicas. Es la derrota y el fin de todos los viles. Es la sentencia que aguarda a todos los cínicos. Es el fin de todos los cretinos; y es la "hora finis" de todos los decrépitos.

En la calle no hemos podido desarrollar actividades dentro del marco de la unidad ya hecha. Pero aquí, en la cárcel, nos fundimos como hermanos; como seres que tienen una sola aspiración; como soldados que tienen un solo enemigo.

Ni una sola desavenencia, ni una sola nota de discordia entre nosotros: todo es alegría, valor y concordía. El proletariado ha hecho lo indefectible para poder realizar sus más altas conquistas. Ahora nadie podrá, por más maestro que sea en el sofisma, decir que la unidad se rubricará con discursos y documentos en un congreso, pero jamás en los hechos. Sucedió, precisamente, la contrario. Los formulismos fueron secundarios, mientras que en los hechos la unidad fué imperativa.

No obstante ello, hace falta que el Comité Pro Unidad apresure los trabajos de la gran asamblea sindical para quedar de una vez, constituído en el país, un organismo único que represente a la totalidad de los trabajadores organizados.

Los sindicatos adheridos a la F. O. R. A. Comunista deben exigir de su Consejo Federal el nombramiento inmediato de sus representantes en el aludido Comité. Así lo exigen los altísimos intereses proletarios que están en inminencia de peligro ante la actitud provocadora del capitalismo.

No debemos descansar un momento mientras esto no se haga. Hagamos de cuenta que es un gran problema que hemos de resolver y que nos entregamos por entero a él. Obrar así, es trabajar el arma más contundente y temible de nuestra revolución. Rehusarse a ello es levantar murallas a la revolución.

Mientras esperamos el magno congreso de unidad, alegrémonos de haberla realizado en los hechos.

Quedemos convencidos de que nuestros deseos son los deseos proletarios y que el proletariado, cuando quiere, realiza sus voluntades.

ANTONIO A. GONCALVES.

Departamento de Policía.

El momento

El evangelio, ha dicho Sorel, es una filosofía de mendigos; el socialismo una filosofía de productores. Y la democracia no es nada más que un evangelio, con cuyos versículos y sentencias se adormilan las energías creadoras de las clases. Nunca con mayores motivos que hoy, cada clase debe velar por su autonomía.

El mundo capitalista está al borde del abismo, que él mismo creó con la guerra que acaba de terminar. El conflicto enorme que desoló la vieja civilización europea, ha acelerado la transformación universal. Nada puede profetizarse, porque todo pende de la energía, de la capacidad, de la voluntad y de la audacia de los trabajadores del mundo entero y de la voluntad y energía del enemigo de clase.

La Liga de las Naciones de que hablara Wilson y con la que los gobiernos aliados pensaron salvar el momento histórico actual, temiblemente crítico, es la prueba acabada y palmaria de que el capitalismo y sus instituciones políticas y jurídicas, son impotentes para prevenir una nueva guerra.

En manos del proletariado está la salud física y moral del mundo.

Hoy más que nunca debe concentrar sus energías y sus entusiasmos en el robustecimiento de su organización, que es el instrumento histórico de la revolución y el núcleo técnico de la futura y libre asociación de productores.

EMILIO TROISE.

La divina protectora

Mientras todos los sindicatos se esforzaban para dar cumplimiento a la declaración de huelga general formulada por el Consejo de la F. O. R. A., la dirección de la Confraternidad Ferroviaria publicaba un manifiesto exhortando a sus afiliados a mantenerse a la espectativa y simultáneamente se entrevistaba con el ministro de Obras Públicas para significarle que la Confraternidad no declararía la huelga y que eran falsos los rumores que le atribuían ese propósito.

Después, cuando el Comité Mixto le reclamaba una contestación categórica sobre su actitud frente a la huelga general, la Confraternidad quiso justificar su conducta en una supuesta intromisión de gentes extrañas en sus asuntos.

Pero la Confraternidad no supo indicar a los elementos extraños.

¿Radicarían esos elementos en el Consejo de la F. O. R. A.? ¿Se habrían introducido en el Comité Mixto?

Al respecto nada ha dicho la Confraternidad.

Por no expresarse en una forma concreta haciendo nombres de personas y organismos extraños al movimiento de huelga, la Confraternidad dió lugar a que su excusa para no participar en la lucha se interpretase como una acusación al Consejo que declaró la huelga y al Comité Mixto surgido después para dirigirla.

Nada más absurdo que una acusación de esa naturaleza. Ni en el Consejo ni en el Comité Mixto se dió lugar a tales acusaciones, si bien veladas por la falta de voluntad para ir a la huelga.

El Consejo Federal de la F. O. R. A. no es extraño al organismo que representa. El fué elegido en el reciente congreso de La Plata y esto no lo ignoran dos de las importantes ramas que componen la Confraternidad. Y del Comité Mixto nada había que decir desde el momento que estaba integrado por miembros del Consejo de la F. O. R. A., único responsable ante las organizaciones por esa actitud, en el caso de que ella diera lugar a protestas por supuestas tolerancias hacia representantes de otras fracciones que careciesen de la debida autoridad para integrar el Comité.

Lo único que en tales circunstancias hubo de extraño, perjudicando los intereses de la clase trabajadora, fué la conducta de la Confraternidad. Para nada influyó en ella el hecho de que dos de sus secciones importantes sean adheridas a la F. O. R. A. La minoría, que es la única sección desligada del vínculo federal, impuso su criterio abstencionista a la mayoría, la que, de esa manera, desconoció el deber elemental de acatar instrucciones federales dictadas en circunstancias que impedían las consultas y toda esa obra de diplomacia que tanto agrada a la Confraternidad.

El egoísmo corporativista de la entidad que nos ocupa le impidió secundar la acción del proletariado de la República en un instante en que su concurso sería importantísimo. Los resultados de esa actitud ya los conocemos.

Se nos antoja suponer que la dirección de la Confraternidad tiene plena conciencia de que ha obrado mal. Ella misma se encargó de abonar esta suposición nuestra al realizar ante el gobierno los trámites necesarios a la obtención de todo lo que constituía la razón de ser de la huelga general. Reconoció los motivos de la huelga pero no se avino a su realización, que era lo que correspondía, limitándose a la ejecución de trámites que implicaban una condena a la huelga y sobre todo al Consejo que la había declarado. Esta es la verdad, aun cuando no se haya tenido el valor de manifestarla.

Pero esas tramitaciones vinieron a agregar un nuevo error al señalado. En efecto, ¿quién autorizó a la Confraternidad para gestionar del gobierno asuntos que por afectar a la clase trabajadora en general sólo el Consejo Federal es el facultado para llevarlos a cabo?

La Confraternidad no tenía locales clausurados ni afiliados procesados. Tomar sobre sí la tarea de conseguir la reapertura de locales con los que directamente nada tenía que ver, y la libertad de presos sindicados y perfectamente representados por el Consejo Federal de la F. O. R. A., significa querer reparar con un error, y a la vez una extralimitación, el muy grave error, o la pésima conducta, de rehuir la responsabilidad en que había incurrido al no secundar la huelga.

Frente al proletariado en general, la Confraternidad se ha creado condiciones de privilegio. Se declara una huelga general y no se considera obligada a prestarle su solidaridad; pero a pesar de la defección, la organización exclusivista se cree la única llamada a tramitar todo aquello que es el resultado obligado de una situación en la cual no quiso embarcarse. Es decir que aquí no hay organizaciones obreras, ni organismos perfectamente autorizados para que las representen. Aquí no hay más nada que la Confraternidad y el gobierno ante el cual ella ejercita gratuitamente el tutelaje de un proletariado que todavía no salió de la minoría de edad.

Muchas gracias por la protección aunque, de nuestra parte, nada agradecemos. Al no saber cumplir con su deber de los primeros instantes, la Confraternidad debió quedarse donde estuvo siempre: en su secretaría o en las oficinas del gorbierno parlamentando por sus asuntos. Los que no pertenecemos a ella, cuando tengamos la mala idea de parlamentar sin lucha previa, lo haremos por cuenta propia; pues para hacer tonterías no se necesitan abogados ni tutores.

DON JOSE.

El problema de la unidad

Ha bastado el que dos sindicatos, alejados circunstancialmente de los cuerpos centrales del proletariado fueran objetivo inicial de los planes preparados por el enemigo común,—Capital y Estado—para que todos los trabajadores organizados hayan corrido presurosos a la defensa de los mismos, con decisiones terminantes unos, y con la pública declaración de anhelos los que por causas que no es el momento de analizar, no aparecían en el terreno de la acción.

El sentimiento proletario, el anhelo común, la determinación única, la clamorosa y potente voz, fué la de unidad para la defensa de la organización obrera; y cuando el proletariado se arrogaba la defensa de la organización obrera—no caben engaños—es porque esta organización estaba amenazada; reconocía, pues, tácitamente, que a pesar de la autonomía de aquellas entidades, la identificación en los propósitos de lucha era real; luego la unidad en lo fundamental era un hecho aunque no lo fuera en formulismos necesarios establecida.

Y cuando los delegados de todos los gremios de la Capital adheridos a ambos organismos federativos y autónomos se reunían y señalaban en común la ruta a seguir, es porque aquella identificación, aquella, acción que afirma lo fundamental en la lucha de los hombres del trabajo de que hemos hablado antes, existía; y cuando todos los trabajadores allí representados se confiaban mutuamente el pensamiento más íntimo, cuando se abrazaban para una lucha de defensa, de algo que todos querían entrañablemente, es porque la unidad, en lo que realmente vale, existe ya fuertemente galvanizada en el corazón del proletariado.

Mas, cuando la noticia corría por el interior y los bravos de tierra adentro se reunían para alzar sus puños en defensa de los hermanos en dolor, de la Capital, ni una sola voz, en el colosal concierto, osó desentonar. Es que la unanimidad en el propósito de unirse era real; se constataba una vez más para argumento incontrovertible.

El proletariado, lo decimos aplena voz, quiere la conjunción y quienes no quieran obedecer los designios del proletariado, que es quien debe fijarse normas y marcarse rumbos, traiciona el anhelo del mismo y se cataloga como elemento repudiable.

Esa es la verdad. Lo hemos dicho ya hasta el cansancio: no nos importan ciertos dirigentes; no queremos, no podemos admitir que se pospongan los derechos de todo el proletariado a una cuestión de una docena de dirigentes; y lo que dijimos nosotros lo han afirmado todos.

¿Cuando el proletariado exteriorizó su anhelo de solidarizarse con los obreros del puerto y chauffeurs preguntó quiénes eran los dirigentes? ¿Cuando todos los delegados reunidos, interpretando el querer de los representados, nos decidimos por una acción de emergencia, hemos hecho cuestión de dirigentes? ¡No! Y si en aquellos momentos solemnes no lo hicimos, no nos interesó, ¿para qué, pues, compañeros, con este chicaneo?

Cesen de una vez estos subterfugios y hablen claro los enemigos de la unidad, esos que aún en la cárcel, donde la solidaridad fué un hecho cumplido, su pobretón y ridículo amor propio se puso en evidencia para demostración de que más que una cuestión fundamental es una cuestión de camarilla que defiende intereses alejados por completo de la organización sindical y de la revolución libertaria que con ella todos anhelamos.

¿Quiénes son esa docena de "militantes" para oponerse a los deseos de todo el proletariado y que argumentan de que ciertos elementos para ellos no deseables son el obstáculo?

¿A qué abusar de instrumentos que todos hemos construído y que de todos son, para monopolizarlos al servicio de un propósito que no es el de la mayoría que los creó?

Informe de Secretaría

El Allanamiento y Clausura del local por la Policia

Cúmplenos en este Informe llevar a conocimiento de los asociados el procedimiento arbitrario puesto en práctica por la policía al allanar y clausurar nuestro local, como asimismo al detener a los miembros del Consejo Federal de la F. O. R. A. y a todos los delegados y compañeros que a la hora de producirse el inicuo asalto se encontraban, en número de 180, en nuestra casa.

Se ha comprobado, evidentemente en esta ocasión, con la elocuencia de un hecho consumado, de cómo la institución policial ha interpretado su misión de guardadora del orden público, convirtiéndose en fiel ejecutora de procedimientos arbitrarios, prescindiendo en absoluto de todas las cláusulas, preceptos jurídicos y reglamentarios que, según rezan en los códigos, o la tan decantada Constitución del país, tienden a establecer las normas y procedimientos a seguir sin desmedro de los derechos que acuerdan las mismas leyes de la nación para todos sus habitantes.

Es que se ha evidenciado en esta ocasión como en todas, la misión de la justicia burguesa, que es la de amparar los mezquinos intereses del capitalismo coligado en tranposición con los altos y nobles principios de justicia y equidad social sustentados por la clase obrera organizada.

Así, mientras los capitalistas traman complots, que redundan en perjuicio directo de los derechos que asisten a los trabajadores de establecer las condiciones de vida y de trabajo, crean instituciones reaccionarias cuya única misión consiste en acallar con la violencia la voz de la conciencia proletaria, que lógica e instintivamente exteriorizan su convicción de los derechos inherentes a su condición de clase creadora e inicuamente explotada, la justicia, fiel intérprete de los intereses mercantilistas de la clase por la que fué creada para su propio y exclusivo provecho, se constituye en el principal factor de desorden, silenciando atentados nefandos cometidos por las hordas mercenarias, mientras, por otro lado, encarcela a trabajadores por el único delito de reunirse y deliberar acerca de la situación que les crea el capitalismo con sus desmanes y arbitrariedades.

Esto es lo que ha ocurrido la noche del 30 de mayo ppdo.

Hallándose reunidos los delegados de los sindicatos federados, autónomos y adheridos a la F. O. R. A. Comunista, citados por el Consejo de la Federación Obrera Local de Buenos Aires a los efectos de considerar el informe del Consejo Federal de la F. O. R. A. y de la F. O. R. A. Comunista, los cuales se hallaban en reunión permanente desde días anteriores, a fin de armonizar el criterio acerca de la acción en conjunto a desarrollar de acuerdo a la "entente" aprobada en el Undécimo Congreso de la F. O. R. A.

Oído que fué el informe dado por los delegados de ambas Federaciones, y cuando hacían uso de la palabra algunos de los delegados de Sindicatos allí reunidos, hicieron irrupción simultáneamente por las adyacencias del local varios automóviles y camiones, de los cuales descendieron en número considerable vigilantes armados a máuser y agentes de investigaciones, los cuales se situaron estratégicamente por las inmediaciones del local, mientras de improviso penetraban en el mismo el gran estado mayor policial, rodeado de un séquito de agentes de uniforme y particular, haciendo tal despliegue de fuerza, como si se tratara de tomar una plaza inexpugnable.

Conviene hacer notar que el Consejo Federal de la F. O. R. A. había destacado con anterioridad a la fecha de la reunión una delegación de tres miembros del mismo a los efectos de solicitar el correspondiente permiso, el cual le había sido otorgado.

Es aquí donde se pone de manifiesto la arbitrariedad policial, deduciéndose bien a las claras que obró en estricta connivencia con la Asociación Nacional del Trabajo ajeno. Se trataba de una trama bien urdida para evitar que la organización de los trabajadores tomara decisiones en salvaguardia de su dignidad y hasta de su propia vida.

Una vez en el interior del local, el representante policial se apersonó al subsecretario de la F. O. R. A. comunicándole que por orden del juez eran detenidas todas las personas que en ese momento se encontraban en la casa.

Inmediatamente un verdadero regimiento de pesquisas se avocó a la tarea de requisar todos los muebles y útiles existentes en todas las secretarías, procediendo de inmediato a ordenar la salida de todos los compañeros, los que eran trasladados en camiones hasta el Departamento de Policía, quedando todos en calidad de incomunicados.

La obra había terminado; los propósitos que indujeron a realizarla no podrán escapar al criterio sensato de los compañeros.

Queda, ahora, por establecer, los resultados de la maniobra capitalista-policial.

Los trabajadores, ante el ataque a sus organizaciones, han respondido con actitud altiva y valiente, como cuadra a trabajadores conscientes, dignos de llamarse tales con la paralización del trabajo en los lugares de producción, demostrando así ser consecuentes con sus convicciones de clase.

Y aun a pesar de que en la hora solemne de la reivindicación proletaria no haya habido la cohesión necesaria, debido, en buena parte, a lo precipitado de los acontecimientos, no ha dejado de demostrar el proletariado con su gesto espontáneo de solidaridad, hallarse dispuesto a la lucha en pro de la prosecución de las más nobles aspiraciones.

Vano empeño es entonces el del capitalismo al pretender obstaculizar la obra de la organización obrera.

La prisión de los militantes activos da un resultado completamente contrario a los fines que se persiguen.

Las convicciones de los trabajadores reconfortan el espíritu de los mismos dándoles más ánimos para la lucha, a la que contribuye también, en gran parte, el anhelo unionista de los mismo para hacer frente al unísono, a la reacción capitalista y estatal, que pretende oponerse al avance del proletariado en marcha hacia su completa liberación de la explotación capitalista.

Las alternativas en la lucha, aun cuando el resultado de la acción no sea del todo favorable a los propósitos perseguidos no han de arredrar a la clase obrera organizada. Por el contrario, ellos le reafirman en sus convicciones, dando como consecuencia una mayor fuerza de voluntad y energía en la prosecución de sus anhelos de emancipación.

Taller Surjolovsky

Humahuaca 3853

Se ha solucionado favorablemente para el Sindicato el conflicto pendiente con este capitalista, previo despido del elemento adventicio y el pago de la suma de cien pesos en concepto de indemnización.

Con la lección recibida cabe esperar que este burguesito no ha de reincidir en sus arbitrariedades.

Taller Guasch y Nardi

SUMINISTRO DE HERRAMIENTA CHICA

Después de algunos días de huelga el personal de este taller ha conseguido imponer dicha mejora, estipulando un plazo de dos meses para su total suministro.

El proletariado, del que formamos parte, debe alzarse en defensa de sus intereses morales y materiales que tratan de hollar elementos equivocados o malignos sirviéndose de mil estratagemas y subterfugios para confundir, creando situaciones de fuerza, complotando tiranteces, a fin de lograr la estabilidad de la criminal división obrera, división que ha servido para que la burguesía nos asestara la primera puñalada certera de la serie que está dispuesta a asestar, aprovechando un alejamiento que,—¡oh ironía!—en los momentos de prueba desaparece, pero que por lógica consecuencia de la precipitación y desinteligencia, no ofrece la potencia de lo sólido y confiable.

Todos los trabajadores deben darse a la unidad. Todos están obligados, pues que los intereses de la organización así lo reclaman. El Congreso de Unidad debe ser acelerado por obra de la labor que, conducente a este propósito, deben desarrollar en cada Sindicato los propios integrantes.

Que el Comité de Unidad sea integrado por los señalados a ello, y que éste trabaje con fe, y, sobre todo, con la convicción que la grave situación de la organización así se lo demanda.

SEBASTIAN FERRER.

Departamento de Policía.

El congreso del "trabajo libre"

Ya se celebró el segundo congreso del "trabajo libre", preparado, adobado y comido por la Liga Patriótica en el transcurso del pasado mes.

Con el interés propio en quienes como nosotros trabajan de hecho y no de cuento como lo sabe hacer la Liga, nos dimos a indagar sobre el carácter de los "trabajadores libres" que que participaban en el congreso, y nos hemos encontrado con unas cuantas corporaciones de desocupados, de vagabundos distinguidos poseisonados de la manía, no exenta de mala fe, de considerar función de trabajo a la más alta expresión de haraganería. Militares de profesión, políticos fuera de moda, burgueses satisfechos y de abdómen redondeado, amén de "damas" gordas y pesadas, eran los componentes del tal congreso descaradamente llamado de trabajadores.

La composición de la barra guardaba armonía con los delegados representantes del "trabajo libre". Había en ella "trabajadores" de la diplomacia; "obreros" del ejército, "peones" de la policía, "operarios" de las difíciles y complicadas tareas de la política y a más la "gentil" presencia de unas cuantas damas del trabajo patriótico, formidables señoras de amplio torax, sobresalientes senos y dueñas de unas caderas cuyo vigor denotaba en sus poseedoras unas excelentes condiciones para trabajar en una fábrica de placer. Pero *trabajadores*, gente que mueven máquinas, esgrimen herramientas y revuelven la tierra, no había. Bien es verdad que se trataba de un congreso de "trabajo libre" en el cual no podían tener cabida al lado de tan envidiables damas, obreros que dentro del sistema de trabajo implantado por la burguesía no conocen ninguna libertad.

El de la Liga era un congreso de trabajo libre, tan libre que sólo a él podían tener acceso los que en el orden de la producción llevaron la libertad al extremo de no comprometerse a la realización de ningún trabajo de provecho y utilidad general.

Es de lamentar que la Liga haya sido tan exclusivista cuando con un poco más de amplitud de criterio pudo realizar una obra más vasta y efectiva. Si en vez de hacer un congreso de "trabajo libre" lo hiciera del *trabajo* sencillamente, a él concurriríamos algunos de los sometidos a la "tiranía sindicalista", entre otras razones, por la muy importante de poder refocilarnos al lado de una dama patricia, la que debe ser muy sabrosa para nosotros que en cuestión de mujeres no hemos tenido más contacto que con esas que por ir todos los días a la fábrica—¡no pertenecen al trabajo libre!—son secas y desabridas como piltrafas.

Sólo así entraríamos por el aro del patriotismo, sobre todo si a él va involucrado el derecho a la pereza y con el agregado de un título de propiedad de alguna estancia en esa pampa ubérrima, protegida por el pabellón de Mayo, y más eficazmente por el concurso de los fusiles patrios.

Con un programa así, no nos resistiríamos a ser patriotas y trabajadores... libres de todo compromiso y obligación de trabajar.

Drama manso

La casualidad me trae a este muchacho. Hermano es de un chiquillo que vino desde la montana santanderina a mi hogar madrileño. Hízole aquella visita de llegada y por la visita le conozco.

Aparenta doce años y cumplió ya los dieciséis. La anemia palpita en las blancuras lechosas de su cutis; el cuello es flaco; angosta la hombrera; metido contra la espalda el pecho. En sus ojos, grandes e inteligentes, hay llameos de calentura, luz de ingenio en su testa; bondad en sus labios de rosácea palidez. La barba es corta, algo vuelta hacia arriba, en acuse de voluntad.

Ciñe su cabeza boina azul. Azul es la blusa que hasta sus rodillas desciende. Trabaja en una imprenta y va para ocho años que puso los pies, amenizados con el polvo de quinientos kilómetros de carretera, en estas calles de Madrid.

El hambre le arrojó de la montaña verde, donde el maíz es oro y airón guerrero la espuma del Cantábrico.

La madre, viuda de un pescador, deshecho con su barca por un manotazo de galerna, había de sustentar a seis chiquillos. Este de mi cuento era el mayor. Difícil resultábale a ella encontrar la mantenencia para todos durante el verano. Al llegar los inviernos hacíase la dificultad imposibilidad.

Tenía la madre que recurrir al mendigueo, a las bajas e inseguras faenas que el mendigueo proporciona. Suerte grande si ellas daban a un mal comer; fortuna cuando el merodeo de castañas y manzanas y nueces permitía a los pequeñuelos rellenar los estómagos. Muchas veces entraba la noche sin pan en el hogar, sin lumbre; no pocas a golpe de estaca concluían los merodeos infantiles.

Eran hambre, desabrigo y tristeza, crueles dominadores en aquel hogar que la lluvia saludaba por el rajón de las goteras y el viento por los cristales rotos.

Y hubo un día en que el niño de ocho años, puesto frente al mar, en cuclillas sobre una roca, con los ojos en el Cantábrico y el puño apretado contra la barba voluntariosa y firme, resolvió huirse de la aldea para triunfar de la miseria y pelear la vida.

Echó carrera adelante sin decir adiós, sin volver la cabeza. Pordioseando de pueblo en pueblo, prestando servicio en menudas labores a cambio de un cacho de pan, bebiendo el agua de los arroyos y los charcos, durmiendo a la intemperie, bajo la sombra de los árboles en las horas de sol, al abrigo de los peñotes en los días de lluvia.

Así, roto de vestimenta, descalzo de pies, sucio de rostro y rendido de cuerpo, entrara por Madrid aquel conquistador del mendrugo, aquel luchador que comenzaba la batalla por la existencia a esa edad en que el niño, a semejanza de los pájaros nuevos, sólo desea y sólo sabe abrir las alas y cantar.

¿Cómo vivió en Madrid las primeras semanas, los primeros meses de su estancia? El mismo lo ignora aún. Sabe que tenía voluntad firme de vivir y ganarse su vida; y que esa voluntad le dió ayuda contra la hostil indiferencia de la gran población.

Cogiendo colillas para revenderlas en el Rastro, digeriendo sobras de cuartel, siendo recadero activo a la puerta de cafés y teatros, abre portezuelas en los días de toros, vendedor de "veinticinco", lustrador de botas, voceador de incolocables ediciones, durmiendo poco y ayunando más, subió los primeros peldaños de la escalera fatigosa, dejando en cada uno de ellos un girón de su infancia.

Más firme que sus compañeros en miseria, no se dejó arrastrar por las traiciones del ambiente, dando su cuerpo al vicio y su entendimiento a la ignorancia. Era fuerte de alma, llevaba un hombre dentro, quería ser persona, abrirse camino por cuestas de honradez.

Robando tiempo al sueño y al hambre, aprendió a leer y a escribir, no garrapateando y deletreando, con segura dicción y limpia ortografía. Supo también de números; hizo a céntimos ahorro de unas pesetas; empleó los ahorros en adecentar su trajeo; y, a los tres años de combate, llamó a los cristales de una imprenta, solicitando plaza de aprendiz.

Fué pelea hermosa la de aquellos tres años. Los grandes conquistadores que rindieron a sus pies naciones, no la realizaron más brava que esta criatura peleando de solo a solo con la miseria, con la ignorancia y con el mal ejemplo.

Por aprendíz le recibieron en la imprenta. Allí, entre golpes y caricias y burlas, fué adiestrándose en el oficio; y un día pudo verse frente a una "caja", rey de un pueblo de letras negras que a su antojo y mandato iban y venían del cajetín al componedor y ganó sus cuatro reales de jornal. Ya no mendigaba, trabajaba, vivía por sí propio: era un hombre. El hombre tenía doce años.

Con su boina redonda coronando el rostro lleno de inteligencia, con su blusa azul caída hasta las rodillas, puestos los ojos en el original y los dedos ennegrecidos saltando por los cajetines, pasaba el muchacho diez horas en pie, frente a la caja, quemando sus ojos a los reflejos de la bombilla eléctrica, respirando el polvillo del plomo, haciendo línea y más líneas sobre el reluciente componedor.

Era humilde la imprenta, insano el local, el trabajo duro, escasos los jornales. ¡Qué remedio! No había otro mejor. Todos los principios son malos. Aun era joven. Ya mejoraría su suerte. El asunto estaba en trabajar, en no rendirse a los comienzos. Cuando sus dedos fueran más rápidos, encontraría más ventajas.

Resultaba espectáculo noble el de aquella energía encerrada en un cuerpo minúsculo, exhibiéndose triunfadora junto al portalón de la imprenta, cuando el obrerillo aguardaba la hora del trabajo con la boina echada hacia atrás y un cigarro en la boca.

De la peseta subió a los seis reales, de los seis a los ocho, de los ocho a los diez, de los diez a las tres pesetas.

Sólo que la pelea fué ruda, bárbara, impiadosa; y cuando viene a mí este hombre de dieciséis años, viene pálido, enjuto, con la fiebre en los ojos, la anemia en la sangre y la tisis en el pulmón.

Es un vencedor herido de muerte. El haber triunfado en la vida le cuesta la vida. Para conquistarla tuvo que suprimir la infancia, tuvo que ser hombre antes de tiempo; el cuerpo infantil no pudo soportar los esfuerzos del varonil espíritu; el capullo humano está mar-

chito antes de abrir el tesoro alegre de sus hojas a la esplendorosidad del sol.

"Estoy enfermo—me dice el muchacho.—El polvillo viejo de la imprenta me hace toser; no puedo, como antes, permanecer diez horas seguidas a pie firme enfrente de la caja; mis dedos tiemblan; las letras de la cuartilla me bailan delante de los ojos.

"Toma—le respondo,—lleva esta carta a mi médico; que te reconozca y te ponga en cura."

La carta del médico es un doloroso desahucio. Viene escrita en los siguientes términos:

"Mi querido amigo: No son buenas las noticias que tengo que darle.

"Su simpático recomendado es un pretuberculoso; es decir, se inicia una invasión de tan terrible enfermedad. Es tal vez tiempo todavía de detener la invasión.

"Reposo, aire del campo, buena alimentación, son dos únicos remedios "verdad" que podrían curarle.

"¡El pobre muchacho!... Me ha contado su historia. Es un héroe. ¡Pobre niño! Ha empezado a trabajar demasiado pronto."

Sí, demasiado pronto. Terrible medio, este medio social, donde los niños, para no morir de hambre, tienen que darse de cara con la muerte.

Allá irá, camino de la montaña verde, de donde le arrojó la miseria, el obrero de dieciséis años. Allá irá el valiente capullo de hombre marchito sobre el tallo, a morir bajo el cielo gris de su tierra, frente a las espumas del Cantábrico.

¿Verdad que es horrible este manso drama de una gran energía segada en flor, de un hombre deshecho en pleno mocerío?

¡Verdad que este drama explica y justifica también otros dramas!

JOAQUIN DICENTA.

Afirmándonos

Es bien conocido el odio que tiene la burguesía hacia todos los hombres que constituímos un peligro para sus privilegios. Es bien característica la fobia que descargan periódicamente sobre los que vamos laborando la sociedad del porvenir. Y sus infructuosos manoteos tienen la virtud de adelantarnos en nuestro camino, pues aquí en la cárcel misma, vamos afirmando lo que en nuestro pensamiento fluctuaba como *algo que había que hacer* y es la conjunción de todos los nervios proletarios en un solo organismo de clase para apresurar el derrocamiento de este régimen de vergüenza y tiranía.

Nos han dado la razón.

Los mismos empleados encargados de efectuar los formulismos preliminares de nuestra detención, bien claro lo han dicho: "Ya no nos dejan descansar. Antes, estas reacciones se efectuaban de lustro en lustro, más tarde de año en año, y ahora con seguridad que dentro de un par de meses, andaremos en las mismas". ¡Tienen razón!—decíamos para nuestro interior. Y unas luces rojas brillaban dentro de nuestro cerebro, y nos imaginábamos vivir ya nosotros, los días trágicos pero gloriosos de una Barcelona criolla.

Descarguen su odio secular las huestes mercenarias defensoras incondicionales del capital.

Lancen su maligna fobia sobre los hombres que van abriendo brecha en esta sociedad burguesa.

Clausuren nuestros locales; rompan nuestros muebles; métannos en la cárcel a todos, pero, ¡ah, infelices! aquí en la cárcel, como en la calle, nuestra obra continúa siempre, con más pujanza, con más decisión y brío.

Y todos los que hemos "gozado" la tan cacareada libertad de nuestras leyes; todos los que hemos visto nuestra libertad librada al capricho de la firma de un juez sobornado, nos afirmamos en nuestras convicciones: Recrudeceremos en nuestra labor sindical—raigambre de esperanzas tendidas en línea recta hacia el porvenir—y hacemos un enjambre de nuestras fuerzas, para llenar en un todo las actividades que reclama el "Comité Pro Unidad" hasta conjuncionar los organismos obreros en una sola entidad, y ofrecer a la burguesía un solo frente proletario.

JOSE DE J. PEREZ.

Departamento Central de Policía.

La lucha de clases

A medida que la evidencia de los contrastes sociales hacíanse más y más demostrativos, forzosamente debía, por fin, abrir brecha en la mente crédula y candorosa de las víctimas de dichos contrastes.

Riqueza y miseria, por lo tanto, vienen a ser el nudo de una cuestión de naturaleza tan complicadamente difícil, que su solución encuéntrase sólo en manos de las mismas víctimas, que, quiéranlo o no, fatalmente están llamadas a chocar sangrientamente con los intereses creados, a menos de resignarse a su suerte de espoliados y de seres predestinados para la eterna explotación.

Por su lado, la burguesía, convencida de su situación privilegiada derivada de esa valla más o menos profunda de los contrastes económico-jurídicos, percatándose del peligro que a cada día tórnase más amenazador, busca, naturalmente, hacer más inexpugnable su posición.

Y como esa existencia privilegiada de que goza la burguesía es obra de su egoísmo criminal, ella comprende perfectamente que tarde o temprano llegará al fin el nudo de la cuestión social a estrecharse a su cuello, y por eso no escatima esfuerzos ni medios para prepararse, a fin de ver si consigue con la violencia y el crimen, salvar una vez más su posición prominente.

Esos preparativos, si bien silenciosos, son bastante ostensibles para los trabajadores. La eficiencia de la policía se ha puesto tan de manifiiesto, que no cabe hacernos ilusiones sobre el cariz trágico que va a presentar la solución de la cuestión social.

¿Con qué medios y con cuáles fuerzas orgánicas piensan los trabajadores vencer la resistencia que opondrá la burguesía?

Contestación, en verdad, bastante difícil.

De medios no hablemos, y tampoco deben entrar en nuestras preocupaciones más apremiantes de obreros organizados. La revolución nos dará armas: las mismas que la burguesía dispone para su defensa.

Pero son los cuadros los que en la actualidad nos desalientan más. Si antes de la guerra las diversas tendencias tácticas o ideológicas que han mantenido distanciadas a las organizaciones obreras del país han tenido razón de ser, hoy no es así. La cruenta experiencia rusa, con las enormes resistencias y dificultades vencidas o por vencer, es una lección de esas que hacen época. Nos está poniendo diariamente a la vista lo costoso, lo sangriento de la revolución social.

No obstante, continuamos con la desconfianza mutua: es hora de acabar con ella y con las suspicacias todas.

Si el divisionismo no se resuelve inmediatamente por el bien y la salud del proletariado organizado, impónese la eliminación de los obstáculos. La redención obrera no puede quedar al arbitrio de la demagogía, sea cualquiera su denominación.

Lejos estamos de querer el estrangulamiento de las opiniones individuales, tan necesarias en esta guerra a muerte contra la burguesía. Opiniones que podrían tener más eficacia, más peso, más valor cuando sear expuestas ante todos los trabajadores organizados del país.

No nos cansaremos de repetir que con nuestras acerbas rencillas, quien saca provecho es la burguesía.

Poco importa si ésta tiene también sus grietas, pero que sabe cerrar toda vez que los intereses corren peligro.

Además, no hay que tomar como cosa seria las oposiciones políticas, aparentemente enconadas, en el campo de la burguesía. Esas oposiciones son superficiales y provocadas de propósito para hacer ruído; sabiendo que con el ruído se distrae la preocupación inmediata de quienes luchan por el pan diario. Tanto es así, que ni siquiera suscitan el comentario entre los obreros, que han comprendido el juego de las reyertas burguesas. De manera que la clase obrera hoy, concibe porque ve, pero en su mayoría no sabe explicarse el embrollado estado de cosas del cual se sabe víctima, y nada más.

Cabe, pues, a los obreros instruídos la tarea de regar esas conciencias de la mayoría obrera sedienta de conocimientos: tarea ruda, sin duda, pero proficua y lógica parangonada con los antagonismos ideológicos paralabreros, estériles y dañinos.

RADEMAL.

El concepto de la Revolución

No basta para una revolución que haya levantamientos populares más o menos victoriosos; es preciso que quede después de esos levantamientos algo nuevo en las instituciones que permita a las nuevas formas de la vida elaborarse y afirmarse.

P. KROPOTKINE.

Una enseñanza más

Una enseñanza más debiera ser para nosotros la lucha recientemente entablada contra la reacción policíaco-capitalista.

Si somos sinceros debemos reconocer que nos ha tocado la peor parte, lo que a mi juicio debía suceder, sobre todo si tenemos en cuenta que andamos como chiquillos perdiendo lastimosamente el tiempo en dimes y diretes sin llegar a un acuerdo, y dejando que la reacción obre a su antojo.

Esto es lo lamentable y lo debemos evitar para lo futuro. En nosotros está y sería de inconscientes o de tontos el no llevarlo a la práctica. Yo llamo a la realidad a todos los compañeros en general. No es posible seguir a merced de déspotas y reaccionarios. Si no luchamos unidos, a mi modo de ver, tendremos para rato.

Es necesario que la familia obrera se presente unida en la lucha si es que queremos evitar el papel de eunucos que se pretende imponernos por parte de una clase que ha demostrado tener el criterio de que todo el que nace obrero está obligado a producir como bestia, pero sin pararse un momento a meditar el por qué de la vida que le imponen.

Entiendo que ha llegado la hora de hacer algo práctico, y que los acontecimientos del momento no sean un arma en contra nuestra y, lo que es peor que todo, esgrimida por nosotros mismos.

Creo que no es el momento oportuno para buscarle pelos a la leche, y que nadie debe permitirse censurar aquello o lo de más allá, pues darían lugar a entredichos y aclaraciones que no harían más que perjudicarnos.

Quizá, obrando así, lograremos allanar muchos obstáculos que algunos podrán oponer en nuestra marcha hacia la unificación.

Es necesario que demostremos de una vez por todas que tenemos conciencia de nuestra fuerza y que somos capaces de emplearla para defendernos.

F. PAEZ.

Departamento de Policía. 3-6-1921.

La furia reaccionaria

En la "libertad de trabajo" primero, en una supuesta ofensa a la patria, después, la burguesía tejió un pretexto para desencadenar su furia reaccionaria sobre las organizaciones del proletariado.

El hecho tiene una explicación fundamental: el crecimiento de la organización proletaria.

En esa misma furia reaccionaria está contenido el valor de la organización. No se combate lo que no sirve; ni llega siquiera a preocupar al enemigo aquello que él considera una forma momentánea de una inclinación proletaria; una modalidad de lucha sin más pretensiones que las de obtener una leve mejoría al amparo de las instituciones establecidas por la burguesía para el mantenimiento de sus prerrogativas de clase dominante.

La burguesía llevó el recio ataque a la organización proletaria en el convencimiento de que destruyendo la organización se desembarazaría de la única fortaleza con que cuentan los trabajadores para hacer valer sus personas, sus derechos, su todo, hasta ese futuro emancipado y cuya estructura social se va significando en la forma que la clase trabajadora va imprimiendo a sus órganos de combate y de gestión directriz.

Lo pasado vale más como lección para los trabajadores que como motivo de regocijo para la burguesía. Aquellos confortaron la convicción de que su organización es lo esencial para el logro de la definitiva emancipación, y ésta—la burguesía—ha de de entristecerse por los contraproducentes ataques a organismos que de la prueba a que fueron sometidos, salen más airosos, más fuertes, vigorizados por el temple que sólo en la lucha es posible obtener.

Sin mayor explicaciones previas, la huelga se hizo; huelga general por la voluntad de los tres sectores en los que se divide el proletariadoregional. La simple intuición unificó a los trabajadores, que de esa manera resistieron victoriosos un propósito de destrucción. Y sin "directores", prescindiendo forzosamente de la "élite" que la burguesía se apresuró a encarcelar—guiada por la simpleza de que la acción proletaria es una cuestión de *jefes* y no de factores históricos contenidos en el antagonismo de las clases—tendió sus líneas de batalla ante las cuales tuvieron que detenerse las huestes burguesas.

A pesar de los detalles de que pudieran servir para demostrar lo contrario, la burguesía salió derrotada de la empresa. En esta emergencia su éxito no radica en la no aceptación de un pliego de condiciones que, ante el fondo de la cuestión, carece de valor. Lo que la animó a la lucha permanece en pie. Quería destruir los sindicatos obreros y ellos subsisten después de la aventura. Los conceptos jurídicos en que fundara sus ataques—libertad de trabajo y agresión a la nacionalidad—van perdiendo el carácter de realidad para pasar a la serie de las abstracciones. Esos conceptos son letra muerta ante la realidad antagónica, ante el Sindicato que niega la "libertad de trabajo" por contener una conveniencia burguesa que hiere los derechos del trabajo organizado; que no respeta la nacionalidad en lo que ésta representa un patrimonio de la clase dominante.

El ataque ha de repetirse, tanto más frecuente e intensamente, cuanto mayor sea el engradecimiento de las organizaciones sindicales. Es un fatal resultado de la polarización de las clases, las que cada vez se reconcentran más en sí mismas para extraer de los propios medios y recursos las energías a utilizar en la guerra de destrucción del enemigo.

Previendo la repetición de esos ataques, los trabajadores deben desde ya ir creando condiciones de lucha cuya superioridad los conduzca al triunfo.

A la concentración del capitalismo, aparentemente desunido pero formando en su esencia un sólido bloque, deben responder los trabajadores con la unión de sus fuerzas en un solo frente de lucha.

Obrando así podrán resistir victoriosamente las futuras avalanchas de la burguesía y hasta iniciar los ataques que debiliten el poderío burgués.

SPARTACUS.

En el país de las libertades

La República Argentina, en virtud de la propaganda que han realizado en Europa los hombres adictos al capitalismo, goza desde hace mucho tiempo el pomposo título de país de las libertades. Se comprende por esto, que muchos trabajadores extranjeros, que sólo la conocen por todo lo bueno que de ella dicen los agentes del capital, tengan formado con respecto a este país un concepto completamente falso.

En otrora, cuando los trabajadores se limitaban a satisfacer la sed de oro de sus amos, sin preocuparse de la defensa de sus respectivos intereses de clase la acción represiva de capitalistas y gobernantes, no se hacía sentir mayormente, por cuanto no había una razón fundada que la justificara.

Pero bastó que los trabajadores se entendieran, constituyendo sus instituciones de clase, e iniciaran la lucha contra sus explotadores, para que el torniquete de la reacción empezara paulatinamente a hacer sentir sus efectos entre los desposeídos.

Fué allá por el año 1890, época de desquicio nacional, cuando se inició en la República Argentina la organización sindical. Enrique Malatesta, ese honesto militante, cuya vida constituye el broche de oro que sujeta las páginas de la historia de la revolución obrera, después de ingentes sacrificios, dejaba constituído aquende el Plata, el primer sindicato de obreros: la sociedad de resistencia de obreros panaderos.

Desde el año 1890 hasta 1900 puede decirse que la organización obrera, atravesando su período constitutivo, no sostuvo luchas tan cruentas cual las que presenciamos en la actualidad.

Sin embargo, después del año 1900, la organización, algo fortalecida, empezó a encarar decididamente la lucha contra el capital. El capitalismo regional, no acostumbrado a que sus explotados, se rebelaran atentando contra sus intereses, trató, por medio de un bodrio legislativo de poner coto al progresivo desarrollo del Sindicalismo y a tal efecto en el año 1902, el Parlamento argentino sancionaba la ley de residencia.

Esta ley colocaba al margen de toda garantía a los trabajadores extranjeros que procuraban, por los recursos propios de los productores, dignificar el trabajo humanizándolo.

Los parlamentarios argentinos, llevados por

su fobia a todo aquello que huele a extranjero, no se detuvieron en analizar las causas que determinaban aquel movimiento, atribuyéndolo exclusivamente a la obra y propaganda sediciosa que realizaban elementos extranjeros.

En virtud de dicha ley muchos hogares proletarios se vieron privados del ser que aportaba a la familia el cotidiano sustento.

A pesar de esto, la organización sindical continuó progresando de tal forma, que pocos años después la burguesía juzgó conveniente ampliar aquella ley represiva sancionando la ley de defensa social.

Esta ley ya no establece distingos y se aplica a nativos y extranjeros por igual, quedando destruída por ende, la infundada imputación de que se hacía objeto a los trabajadores extranjeros.

¿A qué narrar las innumerables víctimas que han sufrido en carne propia los rigores de esta ley baldón?

Basta decir que, si se moteja a un rompehuelgas de "carnero" como vulgarmente se les denomina, se viola dicha legislación, castigándose al que haya proferido este vocablo con dos años de prisión.

No nos sería difícil citar los innumerables compañeros que han sido víctimas de tan absurda legislación pero los omitimos porque es demasiado sabido que, si bien es cierto que aquellas leyes que podrían beneficiar a los trabajadores no se aplican, en cambio se llegan a extremar en su aplicación aquellas que les perjudican.

Empero, el movimiento obrero, a pesar de todas las trabas, se ha intensificado y la organización sindical ha continuado en franco tren de progreso, aumentando su vitalidad, afirmando su estabilidad y acrecentando su potencialidad.

El capitalismo, fracasando en su intento de destruir las organizaciones obreras, ha persistido, sin embargo, en obstruir su desarrollo para cuyo objeto ha creado la "Asociación Nacional del Trabajo" y la "Liga Patriótica Argentina".

La primera, so pretexto de defender la industria y el comercio de las dificultades que obstaculizan su desarrollo y prosperidad, motivado, principalmente, por las continuas huelgas, congrega en su seno a todos los explotadores. La segunda, aduciendo la salvaguarda del orden y la integridad de la patria—que nada tiene que hacer con estas cuestiones—ha reclutado todo el elemento recalcitrante para oponerlo como una muralla a las organizaciones auténticas de trabajadores.

Las masacres de obreros realizadas por los hombres de la Liga en Gualeguaychú, Villaguay, Santa Cruz, Chaco y Misiones, hablan bien claro del rol que desempeña esta funesta institución.

Es una horda de criminales.

Esto sin contar con el apoyo que benévolamente ha prestado y presta al capitalismo, el Estado con sus instituciones militares y policiales.

Omitiendo la consignación de las masacres, crímenes, apaleamientos, reclusiones, violaciones y atentados de todo género, perpetrados por policías y jueces, todos ellos en perfecta connivencia.

Pues bien: Si el capitalismo ha fracasado en su intento de abatir la organización sindical no obstante sus draconianas leyes y el apoyo que le presta incondicionalmente el Estado, las instituciones regresivas creadas a última hora fracasarán también, y sólo será posible la paz y la armonía en la sociedad humana, cuando se reintegre al acervo común lo que una minoría de parásitos usufructa actualmente en su exclusivo provecho.

RODOLFO PONGRATZ.

Departamento Central de Policía.

A propósito de intelectuales

¿El médico es un asalariado? ¿Tiene intereses comunes con los productores? ¿Es condenado por el régimen capitalista a realizar la lucha de clases? ¿Tiene necesidad de la revolución para conquistar su emancipación?

¿El médico no pertenece, acaso, a la categoría de las profesiones liberales, colocadas socialmente entre los explotadores y explotados? Y, ¿pueden acogerse en el movimiento obrero las profesiones liberales?

Para ser médico, son necesarios varios años de estudio y capital. Y no es más que de los 25 años de edad en adelante que se está en condiciones de ejercer la profesión.

El médico, por su condición social, debe hacer "buena figura", tener buena casa. Le ha sido necesario un capital: soporta pesados gastos generales.

¿Puede ser considerado como un salario el dinero que recibe de la clientela en cambio de sus consejos médicos? ¿No hay, acaso, en eso un comercio? El médico vende sus consejos como el almacenero vende comestibles. No tiene el carácter del asalariado.

Hacerse de una clientela, esa es la preocupación del médico. Podrá por algún tiempo, emplearse en una clínica o en algún hospital, pero es con el propósito de formarse una clientela, a menos que no lo haga por completar su educación técnica.

Que hay médicos que conocen la miseria, que deban vivir con lo que les rinde las dos o tres horas que están empleados en una repartición, es perfectamente exacto. ¿Pero, acaso, es la regla normal? ¿Cuál de esos mismos médicos no consideran su situación como momentánea, y cuál de ellos no se preocupará de obtener una clientela para salir de allí? ¿Tiene que luchar contra el patronato para emanciparse? ¿Su liberación está subordinada a una transformación del régimen actual de producción?

Nada de eso. El médico se creará su situación normal sin recurrir a la acción sindical. Si se admitiera un sindicato de médicos, no habría razón alguna para rechazar un sindicato de abogados, uno de ingenieros del Estado, uno de arquitectos, uno de literatos explotados por los editores o por los actores para quienes escriben obras, uno de periodistas profesionales que tienen como patrones a los propietarios de diarios, etc.

Aceptar a los médicos, es abrir la puerta para que todas las profesiones liberales se introduzcan en el movimiento obrero.

Los trabajadores no tienen gran cosa que esperar de esos intelectuales, y sí mucho que temer. Esos elementos intelectuales tienen un sentimiento de superioridad sobre la clase obrera, y ésta, a su vez, conserva un sentimiento de respeto funesto hacia ellos. *Para esos intelectuales, el pueblo es siempre el buen bruto a quien falta un cerebro director. Y ellos se consideran que están para eso, para ser directores.*

P. MONATTE.

El doctor Carlés y su Liga

Zorro mañero y politicastro de la peor especie, acosado y corrido del escenario de la política criolla, el "abogado" sin pleitos tiene la pretensión de detener el formidable avance de la clase trabajadora sindicalmente organizada. Para conseguir su propósito odioso, el mulato Carlés se vale de todo elemento espurio, de toda la resaca de la sociedad que ni la cloaca máxima se atreve a recibir.

La "Liga" del "abogado" desocupado la componen los elementos más degradados y despreciables habidos y por haber.

Esta compuesta la Liga de los tenebrosos por cuantos ladrones, canfinfleros y policía jubilada existen. Con este terceto, con esta clase de sujetos, tiene la pretensión, el politicastro más corrompido y corruptor, de suplantar a los obreros auténticos que en un momento dado se lanzan a las calles de la Capital y demás localidades de la República en son de protesta contra el actual sistema capitalista.

Con estos soldados, con estos elementos, San Martín no hubiera cruzado los Andes ni mucho menos. ¡Y con ellos quiere el "doctor" en cuestión salvar la patria (léase capital).

En todos sus discursos, el ciudadano Manuelito manifiesta que hay que terminar con los agitadores profesionales, y para ello aconseja a los liguistas patoteros usar revólvers y garrote. Pero el "abogado" sin pleitos no sabe que por ese lado va de contramano, porque incita a practicar la ley del talión: ojo por ojo y diente por diente.

Es necesario que la clase trabajadora sepa cuáles son los propósitos que persigue el hombre más funesto del país. Han de recordar los trabajadores, que por una reforma de la ley electoral puesta en vigencia el año 1912 el presidente de la Liga tuvo que abandonar el escenario de la política porque el voto no se vendía más; pero el actual jefe de los facinerosos no se dió por vencido y creó la Liga Patriótica Argentina, usando como pretexto la sangriente semana de Enero de 1919.

Lo primero que hizo fué reunir a los burgueses más reaccionarios y elaborar un proyecto de ley que tendía a restringir el movimiento sindical y su institución central, el cual enviaron a ese fastuoso recinto que se llama Cámara de Diputados para que los señores padres de la patria le dieran el visto bueno.

Entre todo su articulado el odioso proyecto tenía una disposición que prohibía terminantemente las federaciones de industria y la entidad central por ser éstas peligrosas a los poderes constituídos y a los intereses capitalistas. Si no fué sancionado dicho proyecto no fué porque a los señores padres de la patria les faltase voluntad, sino por temor a la clase trabajadora organizada, que en un congreso extraordinario patrocinado por la Federación Obrera Regional Argentina y con un mitin que sirvió de epílogo, demostró a los tiburones de la Asociación Nacional del Trabajo (ajeno) el repudio que le mereciera dicho proyecto.

Por eso creo— yconmigo los demás trabajadores—que el "doctor" Carlés y sus satélites van por mal camino al pretender destruir la organización obrera, pues es ésta el arma más formidable que posee el proletariado y éste no ha de permitir un solo momento que los señores de la Liga salgan con las suyas.

Que sepa el jefe de los tenebrosos, de los ladrones, canfinfleros, caftens, y todos nuestros enemigos, que los obreros estamos resueltos a costa de nuestra propia vida, a defendernos de toda la resaca que compone la Liga Patriótica Argentina y demás elementos espurios y despreciables, repeliendo cualquier atropello que en contra nuestra pretendan llevar a cabo.

MIGUEL ALTRUDI.

Departamento Central de Policía.

La acción educativa de la Comisión de Propaganda

Ha sido editada en folleto la conferencia que oportunamente diera el doctor Emilio Troise, a pedido de la Comisión de Propaganda de nuestro Sindicato.

El folleto, que actualmente se está remitiendo a todos los afiliados y trabajadores que lo han solicitado, como asimismo a todos los sindicatos del país, y muchos del exterior, está integrado por un trabajo del mismo autor sobre los valores del Sindicato con respecto a los partidos políticos.

Consideramos ocioso enaltecer el valor educativo del folleto en cuestión, por cuanto el gran tiraje que de él se ha hecho, permitirá a los trabajadores interesados en su lectura, solicitarlo y valorarlo directamente como es debido.

La Comisión de Propaganda del Sindicato de Ebanistas, tiene el propósito de continuar editando periódicamente folletos que por su importancia reporten una contribución valiosa a la educación sindical que los trabajadores recogen diariamente de la acción que realizan.

En breve será editado otro folleto que versará exclusivamente sobre las conveniencias de que el proletariado se unifique en un solo organismo de clase. La importancia del tema, que por otra parte constituye la primera preocupación de la actualidad entre los trabajadores del país, será motivo para que nuestro Sindicato, unionista de abolengo, haga un gran tiraje del folleto, con el fin de que él llegue a las manos de todos los trabajadores sinceramente interesados en el problema de la unificación.

Siempre guiada del propósito de educación para que fué creada, la Comisión de Propaganda tiene en traducción un importante folleto de Francis Delaisi—autor de *La democracia y los hacendistas*—que se ocupa de la lucha que en torno al monopolio del petróleo sostienen actualmente las burguesías de los distintos Estados de Europa y América.

La publicación de este folleto se iniciará en el próximo número de EL OBRERO EBANISTA, y continuará en los sucesivos hasta su terminación. Será, pues, este periódico el primero que hará conocer en nuestro idioma un trabajo tan importantísimo como es el de Delaise, ya por el tema que en él se trata como por las relevantes condiciones de capacidad que en sí reune el escritor francés.

Burguesía y proletariado

Las colisiones que se producen en el seno de la clase dominante activan de diversos modos el desenvolvimiento del proletariado. La burguesía vive en un estado de lucha perpetua; primero, contra la aristocracia; luego, contra esa parte de sí misma cuyos intereses llegan a oponerse al progreso de la producción industrial, y, finalmente, contra la burguesía de los demás países. En todas estas luchas, la burguesía se ve obligada a llamar en su ayuda al proletariado, y, por consecuencia, a arrastrarlo en el movimiento político. Así, pues, la burguesía suministra al proletariado los elementos de desarrollo que le son propios. Es decir, armas contra ella misma. Además, como ya lo hemos visto, los progresos de la industria arrojan de continuo grandes porciones de la clase dominante a las filas de los proletarios, o, cuando amenazan sus condiciones de existencia. Estas porciones desprendidas de la burguesía traen también al proletariado numerosos elementos de desarrollo.

Finalmente, cuando la lucha de las clases se acerca al momento decisivo, la disolución de la clase dominante y de toda la vieja sociedad toma un carácter violento, tan significativo, que una pequeña fracción de la burguesía se separa de ella y se une a la clase revolucionaria que tiene en sus manos el porvenir. En otro tiempo una parte de la nobleza se puso al lado de la burguesía. Hoy una parte de la burguesía se junta con el proletariado: esta parte sale especialmente de la burguesía ideóloga, de los pensadores de la clase media, que han comprendido teóricamente la marcha del movimiento histórico moderno.

De todas las clases que hacen hoy la guerra a la burguesía, el proletariado es la única verdaderamente revolucionaria. Las demás clases degeneran y desaparecen con la grande industria. El proletariado, al contrario de todas ellas, es el producto natural e inevitable de la grande industria. Los pequeños fabricantes, tenderos, artesanos, labradores, no luchan sino para salvar su posición como pequeños capitalistas, no son revolucionarios, sino conservadores y hasta reaccionarios, pues se esfuerzan en hacer retroceder el carro de la historia. Cuando estas clases subordinadas son revolucionarias, lo son tan sólo por medio de su absorción inevitable por el proletariado, en cuyo caso no defienden ya sus intereses inmediatos, sino los venideros; abandonan el punto de vista de su clase para tomar el del proletariado. La hez proletaria, esa podredumbre pasiva de las capas más bajas de la antigua sociedad, se ve acá y acullá lanzada al movimiento por una revolución proletaria; pero su posición social hace generalmente de ella un instrumento venal en manos de los intrigantes reaccionarios.

Las condiciones vitales de la vieja sociedad están ya destruídas en las condiciones vitales en que ha venido a colocar al proletariado. El proletariado no tiene propiedad, sus relaciones con mujer e hijos no tienen nada de común con las relaciones familiares de la burguesía. El trabajo industrial moderno y la sujeción del trabajo al capital, en Inglaterra lo mismo que en Francia, en América lo mismo que en Alemania, lo ha despojado de su carácter nacional. Ley, moralidad, religión, son para él, otras tantas preocupaciones burguesas bajo las cuales se esconden otros tantos intereses burgueses.

Hasta ahora, todas las clases que se han disputado el poder han tratado de conservar la posición social ya adquirida, imponiendo al resto de la sociedad sus propias condiciones de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas sociales productivas sino destruyendo la manera de apropiación empleada hasta ahora, y en su consecuencia, la manera de apropiación de la sociedad presente en general. Los propietarios no poseen nada en propiedad que necesiten garantizar; su tarea consiste en destruir todas las seguridades y posesiones privadas existentes.

Hasta ahora todos los movimientos históricos han sido movimientos de minoría, en provecho de minorías; el movimiento proletario es, por el contrario, el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, última capa de la sociedad actual, no puede suble-

Personal del taller Fred Sage y Cía.

TERMINACION DEL CONFLICTO

El personal de este taller, que se hallaba en huelga desde el día 2 del mes ppdo., ha dado término a la misma el 17 del actual, solucionándose el conflicto en virtud de haber desaparecido las causas que lo motivaron, pues renunció el capataz, de quien se pedía la expulsión, como asimismos los dos camaradas que por haber sido despedidos de la casa, los compañeros del personal reclamaron fueran reincorporados.

En cuanto a lo que se relaciona con el jefe de dibujantes, Carrere, quedó igualmente solucionada la cuestión por haber resuelto la casa que en lo sucesivo no tenga más ingerencia con los obreros.

En lo referente al punto de las herramientas, la casa ha hecho manifestación categórica de suministrarlas a todo el personal, en un plazo de sesenta días, habiendo resuelto el personal que en el caso de no cumplirse lo estipulado en el plazo aludido, retirar de inmediato las herramientas que son de su pertenencia.

Ha dado prueba en esta ocasión el personal de poseer un alto espíritu de disciplina y ánimo para la lucha contra la intransigencia capitalista.

Bien por los compañeros que han sabido defender a todo trance la integridad de su organización.

varse sin hacer estallar todas las capas superiores que forman la sociedad oficial moderna.

Si bien la lucha del proletariado contra la burguesía no es una lucha nacional, tendrá que serlo de hecho, pues es preciso que el proletariado de cada país ajuste las cuentas primero a su propia burguesía.

Al describir las fases más generales del desenvolvimiento del proletariado, hemos seguido la guerra civil, más o menos latente, que desgarra la sociedad hasta el punto en que estalla en revolución abierta y en que el proletariado establece su propia dominación sobre las ruinas de la dominación burguesa. Hemos visto que todas las antiguas formas de la sociedad han descansado en el antagonismo de clases opresoras y oprimidas. Mas, para oprimir a una clase, es necesario que se aseguren por lo menos las condiciones en las cuales pueda continuar su existencia de esclavitud. El siervo de la Edad Media en plena servidumbre se eleva al rango de miembro del municipio. El pequeño burgués, bajo el yugo monárquico feudal, llega a la posición del burgués moderno; pero el proletario, en vez de mejorar su condición con el desarrollo de la industria, desciende cada día más y más, hasta colocarse bajo el nivel de las condiciones de existencia de su propia clase.

El proletario cae en la miseria y el pauperismo crece con más rapidez aún que la población y la riqueza. He ahí, pues, la prueba de que la burguesía es incapaz de seguir siendo por más tiempo la clase dominante de la sociedad y de imponerle como ley suprema las condiciones de existencia de su propia clase.

La burguesía es incapaz de gobernar, porque es incapaz de asegurar a sus esclavos la existencia misma como esclavos, y porque no puede ya impedir a los obreros que lleguen a una situación en la cual, la burguesía se vea obligada a alimentarlos.

La sociedad no puede existir ya bajo el poder de esta clase; desde hoy la vida de la burguesía es incompatible con la de la sociedad. La condición más indispensable de existencia y de supremacía para la burguesía es la acumulación de la riqueza en las manos de los particulares, la formación y la acumulación del capital individual. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado, y éste está basado en la competencia de los proletarios entre sí. Pero el progreso de la industria, cuyo agente involuntario es la burguesía, hace que el aislamiento de los proletarios, producto de la competencia, esté reemplazado por la unión revolucionaria, producto de la asociación. El progreso de la industria destruye, pues, bajo las plantas de la burguesía, la base sobre que ésta hace producir y apropiarse los productos del trabajo. La burguesía engendra por sí misma sus propios sepultureros. Su destrucción y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

CARLOS MARX.

Talleres en conflicto con el Sindicato

H. C. THOMPSON y Cía. Lavalle 3739
y Florida y Córdoba
GABRIEL TARRIS - Saenz Peña 647
SALVADOR GIUDICE - Sarandí 949
ZARINTSKI Hnos y Cía. - Pavón 3761
N. MOLINARI - Agrelo 3362
BRICHETTO é Hijo - Matheu 1123

Ningún compañero debe ir a trabajar a estos talleres. La organización se ha de imponer, pese a las artimañas de los capitalistas y pese a la ruindad del elemento inconsciente que se presta a servir de instrumento de tales artimañas: "dividendos", 'habitación", etc., medios aconsejados por la Asociación de Expoliadores y Liga Patriótica para entusiasmar a los que en su alma de esclavos no ha penetrado aún la luz de la verdad.

Por la integredidad de la organización, ¡que nadie acepte trabajo en los talleres arriba mencionados!

LA COMISIÓN ADMINISTRATIVA.

Graznan los cuervos

A punto de cerrar esta edición cae a nuestras manos el diario *La Vanguardia*. Un editorial, un artículo a dos columnas en primera página, amén de otros sueltos diseminados por la edición, son dedicados exclusivamente a atacar la organización obrera, si bien el diario atacante trata de disimular el hecho tomando como objeto de sus furias a unos cuantos liders de la organización.

Un diario directamente vinculado al capitalismo—como *La Nación*, *La Concordia*, *La Razón*, etc., etc.,—no sería capaz del atrevimiento que en esta ocasión caracteriza al diario del partido socialista, al efectuar una campaña sistemática que, en el ánimo de cualquier lector, produce la impresión de ser un órgano escrito por burgueses.

Sin embargo, nosotros no creemos que las columnas de ese diario sean llenadas por la pluma de un Anchorena o alguno de sus criados. *La Vanguardia* es escrita por socialistas, por individuos que no saben mirar las cosas si no es a través de ese criterio mezquino de los políticos.

Es que los políticos creen que el eje del mundo es el partido en que actúan, fuera del cual no hay—según su pobre juicio—nada de trascendental importancia.

En esta situación se encuentran los políticos de *La Vanguardia*.

Su mundo no ultrapasa los pequeños límites del partido; y si una sacudida los arroja de su órbita natural, se encuentran incapacitados para desempeñar ese buen papel de observadores que tan bien sienta a los hombres que poseen un algo de sentido común.

El pasado movimiento obrero fué uno de esos hechos que rompió el monótono rumiar de los políticos en cuestión. Abandonaron la política del menudeo y se pusieron a juzgar el acontecimiento con la chatura mental característica en quienes no tienen otro objeto en la vida que el de hacer política.

¿El movimiento obrero perjudicó sus inteses? Pues el movimiento es malo.

¿Y a quién puede beneficiar el movimiento que así los perjudica? Pues, al otro partido rival.

De semejante puerilidad como fundamento de crítica, no podía resultar sino esa serie de simplezas con que ahora llena sus columnas *La Vanguardia*, y que el buen sentido populár designa con el expresivo término de *gansadas*.

La huelga fué una derrota dicen, e insinúan la intromisión de sus enemigos políticos en el movimiento obrero, que obraron como factores determinantes de esa derrota. Pero lo interesante del caso es—y aquí también una formidable gansada—que lo que ellos consideran aliados a sus enemigos políticos, o instrumentos de ellos en el seno de la organización, son los que en el número de los presos tuvieron una representación más nutrida, y que sólo una minoría de los mismos eludieron la prisión por pura casualidad y además por el hecho común de que no siempre es posible aprehender a todos los que se desea.

De basarnos nosotros en tal simpleza como base de juicio; tendríamos que admitir que los únicos aliados del partido gobernante serían los socialistas, ya que por los seis y medio que de éstos han detenido, quedaron a las sueltas tres o cuatro mil, si a esta cifra microscópica llegan los afiliados de la Capital.

Por otra parte, según ese criterio, el gobierno "premiaría" a sus servidores con la cárcel, en tanto que "castigaría" con la libertad a sus "terribles" enemigos socialistas.

En verdad que no valdría la pena servir a un patrón que pagase con semejante moneda, como no vale la pena seguir las "acusaciones" de *La Vanguardia*, salvo que se desee caer en ridículo.

Las conclusiones a que obligan las afirmaciones de ese diario, son tan paradojales, tan extrañas y absurdas, que nos resistimos a tomar en serio ese socialismo que las cobija.

Pero de todo lo que *La Vanguardia* dice y afirma, un propósito surge claro, evidentísimo: el de combatir la organización.

Que lo hace mal, sin pizca de inteligencia, a nadie le cabe duda. Pero así como hay una torpeza salvadora en los recursos que informan esa campaña antiobrera, habría un gran peligro para la organización si dicha campaña fuese realizada por hombres serenos y no enceguecidos por el odio partidista, y el peligro aumentaría si pudiesen substituir la torpeza por la inteligencia.

Es una campaña que mueve a risa, que rebaja a sus propulsores, quienes aparecen a los ojos del proletariado como unos pobres infelices, sin otras aptitudes que las requeridas para ese parlamentarismo que los obreros conscientes desprecian a medida que lo van conociendo.

La revolución

Yo soy el secreto de la juventud perpetua; la eterna creadora de la vida. Donde yo no estoy, la muerte hace su aparición instantánea. Yo soy el bienestar, la esperanza, el sueño de los oprimidos. Yo destruyo lo que existe, pero desde las peñas desde donde desciendo, una vida nueva comienza a brotar. Vengo a vosotros para romper todas las cadenas que os oprimen; para libraros de las garras de la muerte; para inyectar una vida nueva en vuestras venas. Todo lo que existe debe perecer. Yo destruiré hasta sus cimientos mismos el orden de cosas en que vivís, pues ese orden es hijo del pecado cuya flor es miseria y cuyo fruto es crimen. Yo reduciré a polvo todas las ilusiones falsas que han mantenido ciega a la especie humana. Yo haré trizas la autoridad de los grandes, el derecho de propiedad de uno sobre muchos, de los muertos sobre los vivos. Que la voluntad de cada uno sea emancipada y glorificada, pues el hombre es el hombre sagrado, y no hay nada de más sublime que él...

Yo destruiré el actual orden de cosas que divide a la humanidad, una, en naciones hostiles entre sí, en fuertes y débiles, en privilegiados y desamparados, en ricos y pobres: pues tal orden de cosas hace de todos y de cada uno seres desventurados. Yo destruiré el orden de cosas que hace que los millones sean esclavos de los pocos, que despoja de todo goce al trabajo, que convierte el trabajo en una carga, y que hace a unos hombres miserables por carecer de todo, y a otros hombres miserables también por superabundancia de todo. Yo destruiré el orden de cosas que mantiene a una parte del género humano en la holganza o en una actividad inútil; que obliga a miles de hombres a dedicar su fuerza juvenil a profesiones estériles tales como el militarismo, la especulación y la usura, y al mantenimiento de estas despreciables vocaciones, en tanto que a la otra mitad, por esfuerzo excesivo y el sacrificio de todo goce en la vida, la aplasta bajo la carga de toda la infame estructura. Yo destruiré hasta la memoria misma de este insensato orden de cosas que, producto de la combinación de la fuerza, el fraude, la hipocresía, el dolor, el llanto, el engaño y el crimen, está aislado en su propia atmósfera envenenada, sin recibir jamás un soplo de aire puro, sin que jamás un rayo de alegría pura penetre en su interior.

Levantáos, pues, vosotros, los habitantes de esta tierra que padecéis de tristeza y de opresión. Y vosotros, los que vanamente lucháis para encubrir la horrible desolación de vuestras almas con el efímero esplendor de las riquezas: levantáos también. Venid a incorporaros a la gozosa falange que me sigue, pues yo no sé hacer distingos entre aquellos que me siguen, Sólo hay dos clases de gentes, de ahora en adelante, para mí en la tierra: aquellos que me siguen y aquellos que me resisten. A los que me siguen, les conduciré a la dicha; a los que me resisten, los aplastaré bajo mi planta. Pues yo soy la Revolución. Soy la nueva fuerza creadora. Soy la divinidad que dispensa toda vida. Soy la diosa que abraza, que resucita, y que premia.

RICARDO WAGNER.

BOYCOTT AL "AVANTI"

TODO OBRERO ORGANIZADO ESTA EN LA OBLIGACION DE NO CONSUMIR LOS SIGUIENTES PRODUCTOS:

AVANTI, REGINA, GENIO, BANDERITA y DESPUNTES

ELABORADOS POR TRAIDORES A NUESTRA CAUSA.

QUE LA SOLIDARIDAD OBRERA SEA UN HECHO, Y PUEDA EN CONSECUENCIA ABATIR LA PREPOTENCIA CAPITALISTA.

BALANCE

ABRIL DE 1921

ENTRADAS

Saldo del mes anterior	$	3.898.95
Recibido de acuerdo a talonarios de Tesorería, núms. 817 al 832, conme a lo siguiente: Bresci Tomás (Greiser), saldo herramientas..	„	10.—
Beneficio del pic-nic	„	155.30
F. O. R. A., descuento por mayor cantidad 200 y 210	„	410.—
De la F. O. R. A., alquiler, mes de enero de 1921	„	150.—
Neruloni I. (hijo), Greiser, a cuenta de herramientas	„	10.—
Figueroa Antonio, saldo Greiser..	„	10.—
Cerliani Pedro	„	15.20
Ceriani Fernando, a cuenta	„	5.—
Russo Pascual, íd., íd	„	5.—
Por la venta de tres carnets	„	0.90
Corti Pedro, a cuenta	„	5.—
Cotizaciones cobradas desde el número 1501 al 5000	„	4.300.—
Total de entradas	$	8.975.35

SALIDAS

Salidaridad con los Carpinteros de Córdoba	$	200.—
Idem a los Obreros del M. O. P. Puerto Bermejo	„	200.—
Cotizaciones a la F. O. R. A.	„	210.—
Subscripción a *La Vanguardia*..	„	2.—
Utiles de Secretaría	„	23.45
Idem de limpieza	„	25.20
Gastos de salón	„	200.—
Cotizaciones a la F. O. L., octubre diciembre	„	390.—
Idem a la Federación de Trabajadores en Madera, julia a sep. .	„	336.—
Anuncio al diario israelita	„	6.—
Biblioteca social	„	160.80
Gastos de luz durante el mes	„	33.90
Aporte a la F. O. R. A. con motivo del Primero de Mayo	„	200.—
Subvención a *La Organización Obrera*, sep. 1920 y mayo 1921.	„	10.—
Solidaridad a los estudiantes de La Plata	„	100.—
Aporte al Comité Pro Unidad Obrera	„	300.—
Depósito por Porte Pago	„	100.—
Alquiler de la Secretaría	„	350.—
Estampillas y papel sellado	„	55.60
Trabajos de imprenta	„	126.—
Once mil periódicos EL OBRERO EBANISTA	„	790.—
Gastos de expedición	„	6.10
Comité "Taller de D. Franco"...	„	240.—
Jornales para Secretaría	„	511.—
Tranvías y otros gastos	„	54.—
Sueldo al cobrador	„	220.—
Jornales para comisiones varias ..	„	125.40
Sueldo al conseje	„	110.—
Aporte al periódico obrero israelita	„	105.—
A cuenta de íd., íd.	„	35.—
Total de salidas	$	5.226.35

RESUMEN

Entradas	$	8.975.35
Salidas	„	5.226.35
Saldo que pasa a mayo	$	3.749.—

DISTRIBUCIÓN

ACTIVO—

Saldo que pasa a mayo	$	3.749.—
Depósito por el alquiler	„	1.050.—
Idem a la C. A. T. E.	„	50.—
Préstamo a los Empleados de Cocio	„	1.000.—
Idem a los Sombreros en Paja ...	„	50.—
Idem a los Obreros Bronceros ...	„	500.—
Idem a la F. O. Martíima	„	2.000.—
Idem a la F. O. R. A., restante ...	„	39.—
A los obreros Greiser, resto	„	371.15
Deudores varios, rifa año 1916 ...	„	178.80
Cincuenta acciones a la Biblioteca Obrera	„	500.—
Depósito por Porte Pago	„	100.—
Total general	$	9.587.95

PASIVO—

De los fondos del periódico israelita	$	195.—

RESUMEN

Activo	$	9.587.95
Pasivo	„	195.—
Saldo	$	9.392.95

Vicente Tidone, Tesorero.

Revisadores de cuentas: *Francisco Faita—C. Velú—I. Landan.*